Estudios sobre el libro de Rut

William John HOCKING

biblicom.org

Índice

1 - Introducción **3**

2 - La relación con el Libro de los Jueces **3**

3 - La degradación y el desorden reinantes **5**

4 - La intervención de Jehová **7**

5 - Prefiguraciones de la restauración de Israel **8**

6 - Belén abandonada para ir a Moab (Rut 1:1-5) **9**
6.1 - La hambruna en el país de Israel 9
6.2 - La huida de la familia 10
6.3 - El significado de los nombres 12
6.4 - Belén de Judá 13
6.5 - El país de Moab 14
6.6 - La miseria en Moab 15

7 - El regreso a Belén (Rut 1:6-22) **16**
7.1 - Las 3 viudas 16
7.2 - La gran decisión de Rut 18
7.3 - Las amargas palabras de Noemí, sus manos vacías, su alma afligida . 19
7.4 - Comienzo de la cosecha de la cebada en Belén 20

8 - Rut, la extranjera, en los campos de Booz (Rut 2) **21**
8.1 - Mientras se dirigía a espigar, Rut llegó al campo de Booz 22
8.2 - El primer día de espigado de Rut 23
8.3 - Conversación vespertina entre Noemí y Rut 25

9 - Rut, la suplicante a los pies de Booz (Rut 3) **26**
9.1 - Noemí exhorta a Rut a buscar un redentor 27
9.2 - La petición personal de Rut al pariente redentor 28
9.3 - Rut recibe la promesa de redención 29
9.4 - Rut lleva la buena noticia a Noemí 30

10 - Booz se convierte en el pariente redentor (Rut 4:1-12) **32**
10.1 - Booz y los ancianos a la puerta de la ciudad 32

10.2 - El pariente más cercano renuncia a su derecho de redención 33
10.3 - Booz se convierte en el redentor de Noemí y Rut 35

11 - Gozo para Noemí y fama para Booz (Rut 4:13-22) **37**
11.1 - El heredero nacido para Noemí 38
11.2 - La abuela materna 39
11.3 - Apéndice genealógico 40

12 - Visión general típica del restablecimiento definitivo de Israel . . . **42**
12.1 - Los 4 personajes principales 43

13 - Rut, vaso de la misericordia divina **50**
13.1 - Misericordia y gloria 51
13.2 - Misericordia y gracia 51
13.3 - La necesidad de misericordia de Rut 52
13.4 - Rut se une a Noemí (Rut 1) 53
13.5 - Rut espigando para alimentarse (Rut 2) 54
13.6 - Rut a los pies de su Redentor (Rut 3) 55
13.7 - La parte de Rut en la cosecha de la redención (Rut 4) 56
13.8 - La redención en Cristo Jesús 57

1 - Introducción

Al igual que el libro de Ester, el libro de Rut es uno de los libros históricos más breves de la Biblia. Estos 2 libros destacan por ser los únicos, entre las Escrituras inspiradas, que llevan el nombre de una mujer. Rut era moabita y Ester, judía; ambas demostraron piedad y fidelidad hacia Dios de una manera inesperada y en circunstancias excepcionales.

La única mención de Rut en el Nuevo Testamento subraya la importancia de su breve biografía en el Antiguo Testamento, ya que figura en la genealogía de Jesús según Mateo (1:5). El nombre de Rut no aparece en las genealogías más completas del Primer Libro de Crónicas. Vuelve a aparecer 12 veces en su propio libro, pero en ningún otro lugar del Antiguo ni del Nuevo Testamento, salvo en esta única mención (Mat. 1:5) junto a nombres honrados por Dios como Abraham, David, Salomón, Josías y Zorobabel. La gracia de Dios ha concedido, pues, a la extranjera de Moab un lugar especial en el linaje que conduce al rey David y se prolonga hasta Jesús el Mesías, el Rey de reyes. Este simple hecho debería despertar en nosotros un interés especial por el estudio del libro de Rut.

2 - La relación con el Libro de los Jueces

El Libro de los Jueces narra la historia de los hijos de Israel en la tierra de Canaán tras la muerte de Josué, e ilustra su vergonzosa caída con respecto a la Ley de Jehová. En varias ocasiones se dice: «Por cuanto fueron rebeldes a las palabras de Jehová, y aborrecieron el consejo del Altísimo…» (Sal. 107:11). A modo de castigo, Dios permitió que sus enemigos los oprimieran, pero cuando clamaron a él en su angustia, suscitó jueces que los liberaron de su servidumbre. Sin embargo, tras cada liberación, el pueblo olvidó rápidamente a su Libertador y volvió a caer en la idolatría, imitando los cultos perversos y las prácticas inmorales de las naciones paganas que lo rodeaban o que vivían en medio de él. Esta historia demuestra claramente que las 12 tribus fallaron por completo en su deber de dar testimonio del único Dios vivo y verdadero frente a las profundas tinieblas de la idolatría que reinaba en Canaán y en los países vecinos (vean esta acusación solemne en Jueces 2:4-23).

El vínculo histórico entre el libro de los Jueces y el de Rut queda establecido desde su primera frase: «Aconteció en los días en que gobernaban los jueces» (Rut 1:1). El primer libro narra la historia del alejamiento de las 12 tribus de Jehová y de las

leyes del Sinaí desde su establecimiento en la tierra prometida. El segundo libro narra la historia de una familia que abandona la tierra prometida para refugiarse en la tierra idólatra de Moab. El tema general del pecado de la nación y del castigo divino mediante el hambre, ya presente en el libro de los Jueces, continúa en el libro de Rut, por lo que a menudo se considera un apéndice de este último.

Pero mientras que el libro de los Jueces presenta un panorama sombrío de la apostasía de Israel, Rut y su historia ofrecen destellos de esperanza en cuanto a la gracia y la misericordia de Dios hacia su pueblo. En medio mismo del caos nacional, Dios obraba en secreto, de manera providencial, para el cumplimiento de su promesa relativa a la descendencia de Abraham, que traería la bendición a todas las naciones de la tierra. Así, mientras que el libro de Rut comienza con la huida de Elimelec de la tierra de Emanuel, termina con el nombre de David, "el hombre según el corazón de Dios".

Sin lugar a duda, este pequeño fragmento de historia personal merece ampliamente el lugar especial que se le reserva en el canon de las Sagradas Escrituras. A este respecto, otro autor ha escrito lo siguiente [1]: "Si bien no me cabe duda de que el libro de Rut sigue naturalmente al de los Jueces, me parece igualmente claro me parece que constituye un libro en sí mismo, preludio natural y, cabría decir, necesario del libro de Samuel que le sigue... Además, este relato reviste una importancia capital, pues prepara el terreno, no solo para David, sino también para su Hijo, aún más grande. Sin embargo, no está vinculado en modo alguno al libro de los Jueces, por muy admirable que sea, en el lugar que Dios nos lo ha dado. No forma parte ni del libro de Samuel ni del de los Jueces, aunque, desde el punto de vista moral, constituye más bien un prefacio al primero que un complemento del segundo. En resumen, es exactamente lo que Dios ha hecho de él: una escena de transición totalmente adecuada entre ambos, pero, en realidad, un libro en toda regla".

[1] *Conferencias introductorias a los primeros libros históricos, de W. Kelly.*

En el Libro de los Jueces, la historia de los jueces y de su dominio concluye con la muerte de Sansón (cap. 16) y se reanuda en el Primer Libro de Samuel con los relatos de Elí y de Samuel, el último de los jueces (1 Sam. 7:15). En los últimos capítulos (del 17 al 21) del Libro de los Jueces no se menciona a ningún juez. En ellos se relatan 2 ejemplos espantosos de idolatría e inmoralidad que caracterizaban a los israelitas tras la muerte de Josué, a saber:

1. La idolatría de Micaía (Jueces 17 - 18);
2. La flagrante inmoralidad en Gabaa (Jueces 19 -21).

Encontraremos pruebas de que estos hechos vergonzosos tuvieron lugar antes de los acontecimientos relatados en la primera parte del libro. Por lo tanto, parece claro que la historia de Otoniel y sus sucesores se interrumpió en ese momento (Jueces 16:31) para presentar 2 ejemplos flagrantes, pero representativos, de la degradación religiosa y moral de la nación redimida, inmediatamente tras el asentamiento de las tribus en la tierra prometida.

¿Qué hacer con una generación tan mala y perversa? La justicia exigía su aniquilación total, pero Dios se acordó de su misericordia y de su promesa a Abraham. El libro de Rut sigue inmediatamente después, aportando una seguridad luminosa y notable en cuanto a la descendencia prometida. La oscuridad y la desolación reinaban en Israel cuando «no había rey» (Jueces 17:6; 18:1; 19:1; 21:25), pero «le ha nacido un hijo a Noemí» (Rut 4:17) que fue el antepasado del Rey de Jehová, a quien ungiría en el tiempo señalado como «mi rey Sobre Sion, mi santo monte» (Sal. 2:6). Así, en los capítulos 17 al 21 del libro de los Jueces, se describe con gran detalle el pecado de Israel, mientras que en el libro de Rut abundan la gracia, la misericordia y la fidelidad de Dios. Para los hombres de fe, su promesa quedó confirmada por el conmovedor episodio de piedad ocurrido en Belén. Fue allí, en su momento, donde el propio Cristo debía nacer.

3 - La degradación y el desorden reinantes

Para estudiar el libro de Rut, resulta útil notar, en los 5 últimos capítulos del Libro de los Jueces, algunas de sus características más destacadas, que revelan claramente la apostasía y la degradación que reinaban entre las tribus.

En primer lugar, se había instalado la confusión en torno a las cuestiones relativas a Dios y su culto. El relato indica que el arca de la alianza se encontraba en Betel, mientras que el tabernáculo de la congregación, cuyo elemento principal constituían el arca y el propiciatorio, se encontraba en Silo. Este último lugar, situado al norte de Betel (Jueces 21:19), era donde Josué había erigido el tabernáculo (Josué 18:1; Sal. 78:60). Además, se dice que en Silo se celebraba una fiesta anual en honor de Jehová (Jueces 21:19). Sin embargo, los hijos de Israel se dirigieron a Betel para consultar a Dios a través del Sumo Sacerdote Fineas, pues «los hijos de Israel

preguntaron a Jehová (pues el arca del pacto de Dios estaba allí en aquellos días» (Jueces 20:18, 26-27; «la casa de Dios» se refiere a «Betel» en la versión revisada y en la nueva traducción de los v. 18 y 26). No se da ninguna razón que explique la presencia del arca en Betel y no en el tabernáculo de Silo, donde se encontraba más tarde en tiempos de Elí (1 Sam. 4:3-4). ¿No era esta grave irregularidad en los ritos sagrados un signo de la anarquía que reinaba en el país? El comentario del Espíritu de Dios al final de este relato es el siguiente: «En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jueces 21:25).

Además, la decadencia se había instalado entre los máximos responsables religiosos de la nación. Por ejemplo, el levita renegado que practicaba el culto a los ídolos en la casa de Micaía no era otro que Jonatán, uno de los nietos de Moisés (Jueces 18:30, donde la Versión Revisada y la Nueva Traducción inglesas traducen “Moisés” por “Manasés”).

Jonatán abandonó al Dios de su abuelo, líder y legislador de Israel, y fomentó el culto a los ídolos. Impulsado aparentemente por la codicia y la ambición, instauró y estableció la estirpe de sacerdotes idólatras que se perpetuó en la tribu de Dan durante muchos siglos «hasta el día del cautiverio de la tierra» (Jueces 18:30), es decir, hasta que las 10 tribus del norte fueran llevadas por los asirios, unos 6 siglos más tarde (2 Reyes 17). Cabe recordar que cuando el usurpador Jeroboam erigió los 2 becerros de oro como dioses de Israel, colocó uno en Dan y el otro en Betel (1 Reyes 12:28-30). La influencia sutil, perniciosa y satánica de Dan sobre las demás tribus parece traslucir en la profecía de Jacob al morir (Gén. 49:17), que describe a Dan como «serpiente junto al camino, víbora junto a la senda». Esta influencia nefasta se menciona históricamente por primera vez con la instalación del ídolo de Micaía en la ciudad de Dan (Jueces 18:29-31). La corrupción se agravó bajo los sucesivos reyes de Israel, hasta que Amós, antes del cautiverio asirio, profetizó el juicio que caería sobre aquellos «que juran por el pecado de Samaria, y dicen: Por tu Dios, oh Dan» (Amós 8:14). El veneno de la serpiente se había extendido entonces desde Dan por todo el país, y era incurable. ¡Y, sin embargo, en un principio, un levita, nieto de Moisés, fue el principal instigador de esa idolatría!

Una vez más, el predominio de la corrupción moral y la violencia corporal entre los hijos de Israel queda ilustrado por la historia de lujuria y matanza relatada en los 3 últimos capítulos del libro de los Jueces (19-21). Un levita, acompañado de su concubina, originaria de Belén, se dirigía al templo de Jehová cuando se vio envuelto en las costumbres depravadas de los hombres de Gabaa, en la tribu de Benjamín. En Gabaa se practicaban las costumbres impuras de los hombres de Sodoma. A con-

tinuación, se desató una sangrienta guerra tribal. Los hijos de Benjamín, esa tribu feroz y bestial (Gén. 49:27), defendieron los «malos deseos» de los hombres de Gabaa (Jueces 19). Decenas de miles de hombres murieron en combate, y la tribu del "pequeño Benjamín" quedó casi exterminada. Este episodio escandaloso se considera en las Escrituras como el punto de partida de la perversidad nacional en Israel. Al final de la monarquía, el profeta Oseas recordó a la nación: «Desde los días de Gabaa has pecado, oh Israel» (Oseas 10:9).

En esta decadencia del pueblo elegido, que se hundió en la idolatría y la infamia, similar a la atribuida a todo el mundo pagano en Romanos 1:21-32, tanto los sacerdotes como los levitas parecen haberse visto arrastrados por esa espiral. Era cierto entonces, como lo fue posteriormente: «Y será el pueblo como el sacerdote» (Oseas 4:9; Is. 24:2; Jer. 5:31). En otros tiempos, en el desierto, el celo piadoso de Fineas, nieto de Aarón, se manifestó con fervor mediante el uso de su lanza cuando la inmoralidad generalizada amenazó el campamento de Israel en Sitim. El valor de su fe, expresado con una determinación inquebrantable, «le fue contado por justicia De generación en generación para siempre» (Núm. 25:7-8; Sal. 106:30-31).

Pero en Canaán, donde asumió el cargo de Sumo Sacerdote, el ardor de Fineas en la lucha por la justicia en las fronteras de Moab pareció apagarse tras la muerte de Josué. Aunque ahora era el representante designado para interceder entre Dios y su pueblo, se mostró incapaz de frenar la propagación de la idolatría y la iniquidad en el país. La sal había perdido su sabor. Sus reprimendas, si es que las hubo, fueron tan vanas como las débiles protestas de Elí, un Sumo Sacerdote posterior, ante sus hijos por su conducta escandalosa a las mismas puertas del tabernáculo de Silo (1 Sam. 2:22-25). El sacerdocio estaba tan corrompido como el pueblo en general; todos pecaban gravemente contra Dios y contra los hombres, sin avergonzarse de ello.

4 - La intervención de Jehová

Debido a la flagrante desobediencia de las tribus a los mandamientos de Jehová, Israel se había ganado la ira divina en Canaán, al igual que al pie del Sinaí, por el mismo pecado de idolatría. Pero, al igual que entonces, Jehová, en su justa indignación, actuó de acuerdo con su promesa y su juramento a Abraham. Suspendió su juicio y volvió a prefigurar, en las escenas piadosas y pacíficas del libro de Rut, la venida del Salvador y Redentor de su pueblo.

5 - Prefiguraciones de la restauración de Israel

El relato familiar que contiene el libro de Rut presenta analogías con algunos grandes acontecimientos futuros de la historia nacional de Israel. En sus 4 breves capítulos, los contornos de estos acontecimientos son necesariamente tenues y a pequeña escala. Aquí, como siempre en la interpretación de las Escrituras, hay que temerse y evitar dar rienda suelta a la imaginación. Pero el ojo de la fe que se dirige hacia Cristo, la Esperanza de Israel, quedará satisfecho y no se verá decepcionado por el resultado, pues este pasaje, como toda la Escritura, le rinde un testimonio adecuado.

Noemí, viuda y exiliada de la tierra prometida, es una figura innegable de Israel hoy en día, aún bajo la primera alianza de la Ley y siempre exiliado de la tierra prometida. Rut, la moabita, prefigura el Remanente de Israel de los últimos días, según la carne. Su origen pagano la hace aún más apta para ser una figura de la nación restaurada. Ahora bien, el antiguo pueblo de Dios se encuentra en la condición de «Lo-Ammi» (Oseas 1:9) y, a causa de sus pecados, es considerado un pueblo pagano; pero, al final, ya no será un paria, pues, conforme a la profecía, Jehová dirá a Israel: «Tú eres pueblo mío» (Oseas 2:23).

Booz representa al Goel, el Redentor pariente cercano, que restaurará la herencia perdida. El propio Cristo, en su poder de resurrección y su derecho personal, se prefigura, asegurando «las santas y fieles bendiciones de David» (Hec. 13:34) a su pueblo terrenal. El pariente «más cercano» simboliza la Ley de Dios que, aunque fue dada a Israel por Moisés, solo trajo al pueblo condenación y maldición, y no redención.

Estas observaciones no ofrecen aquí más que una visión general; pero en las páginas siguientes aparecerán detalles más profundos de este aspecto simbólico, al estudiar el libro de Rut, pasaje por pasaje, desde esta perspectiva. Cabe añadir que estos estudios tienen por objeto desarrollar la doctrina de la redención tal y como se revela en el Nuevo Testamento, donde, como bien saben los lectores, este tema se trata ampliamente y con mayor detalle que en los tipos, las profecías o las enseñanzas del Antiguo Testamento. El libro de Rut ocupa un lugar especial y valioso en el tejido de las Sagradas Escrituras; y se comprenderá mejor cuando se haya considerado desde esta perspectiva.

6 - Belén abandonada para ir a Moab (Rut 1:1-5)

A causa de la hambruna, Elimelec y su familia abandonaron Belén de Judá para dirigirse a la tierra de Moab. Este breve relato no contiene ningún comentario crítico sobre este cambio de residencia. Este silencio indica que el significado espiritual del viaje de esta familia debe buscarse a la luz de otros pasajes de las Escrituras. Es precisamente objetivo de los presentes estudios: buscar esa perspectiva sobre la enseñanza que podemos extraer de este libro inspirado.

6.1 - La hambruna en el país de Israel

La mención de la hambruna en el país, ya desde la primera frase del libro, sugiere la situación de decadencia del pueblo elegido. Para ellos, la hambruna no era una simple fatalidad, sino un signo de la ira divina. La tierra que Jehová había dado a los hijos de Israel estaba fluyendo «leche y miel»: la leche procedía de rebaños bien alimentados y la miel, de una vegetación exuberante vean (Éx. 3:8). La amenaza de una hambruna en una tierra tan fértil implicaba que el castigo divino se había abatido sobre las tribus por haber descuidado su culto y transgredido sus leyes. Por eso Dios había retenido la lluvia, tal y como indicaban las palabras de Moisés (Deut. 11:8-15). En cualquier caso, aquí se lee: «Aconteció en los días que gobernaban los jueces, que hubo hambre en la tierra» (v. 1). Se expone el hecho material, pero no su causa moral.

Se desconoce la fecha exacta de esta hambruna. Se produjo durante el largo período en el que «los jueces gobernaban», que se extendió desde la muerte de Josué (Josué 24:29-31) hasta el establecimiento de la monarquía, cuando Israel rechazó a Jehová como rey y Saúl fue elegido por «la voz del pueblo» para reinar (1 Sam. 8:7; Oseas 13:11).

El libro anterior muestra que, bajo el dominio de los jueces, la situación religiosa y civil de las tribus de Israel se deterioró de forma espantosa. Mientras Josué estuvo con el pueblo, este servía a Jehová; pero cuando se reunió con sus padres, junto con la generación que había cruzado el Jordán, se levantó otra generación «no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel. Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales» (Jueces 2:10-11). Durante todo el período en que los jueces ejercían la justicia, el pueblo se alejó cada vez más del culto a Jehová y de la obediencia a sus mandamientos.

Antes de que entraran en el país, Jehová, por medio de su siervo Moisés, insistió ante el pueblo en que debían mostrarle un amor y una obediencia constantes, para que el país, aunque fértil, no se viera azotado por el hambre (Deut. 11:1-17). En este pasaje lleno de imágenes, Moisés describió el país que se les ofrecía como un país de abundancia donde podrían comer "y saciarse". Jehová les proporcionaría a su debido tiempo la lluvia indispensable: la lluvia de la primera estación para preparar el suelo para la siembra de otoño y la lluvia de la última estación para que el trigo creciera antes de su maduración y cosecha.

Pero esta generosidad anual del cielo dependía de su propia conducta. Debían obedecer los mandamientos de Jehová y amarlo y servirlo con todo su corazón y con toda su alma (v. 13-14; vean también Lev. 26:3-4). En el desierto, el maná celestial, que se les distribuía a diario, nunca había faltado a pesar de sus incesantes murmullos y su desobediencia. Pero más allá del Jordán les esperaba una cosecha abundante, recompensa por su adoración, por su amor y su obediencia a Dios.

Por eso Moisés dijo: «Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos; y se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y cierre los cielos, y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto, y perezcáis pronto de la buena tierra que os da Jehová» (Deut. 11:16 y 17).

De estos y otros pasajes aprendemos que, en Canaán, el hambre era un instrumento de castigo utilizado por Dios para corregir a su pueblo. Cuando su pueblo elegido cayó en la idolatría y la inmoralidad, él cerró los cielos, como en el notable caso del reinado de Acab, donde, debido a su descontento, no hubo ni rocío ni lluvia durante 3 años y 6 meses (1 Reyes 17:1; Sant. 5:17).

6.2 - La huida de la familia

La emigración a un país más fértil es una solución obvia para escapar de los rigores de la hambruna. Sin embargo, no siempre tiene éxito, ni es siempre la mejor opción. Elimelec, junto con su mujer y sus 2 hijos, abandonó los campos temporalmente áridos de Belén para dirigirse a las tierras más fértiles de Moab (v. 1).

¿Tenía Elimelec, en conciencia, alguna justificación para esta decisión radical? Quizás pensó encontrar un precedente en la vida de sus antepasados, hombres de fe. ¿Qué habían hecho ellos en circunstancias similares? Durante la primera hambruna de la que se tiene constancia en la tierra de Canaán (vean Gén. 26:1), está escrito: «Descendió Abram a Egipto para morar allí» (Gén. 12:10); estas palabras encuen-

tran eco en Rut 1:1. Una vez más, Isaac buscó refugio contra la hambruna en la tierra de los filisteos, una región cercana a Canaán, al igual que Egipto, al igual que Moab (Gén. 26:1). También fue una hambruna larga y terrible la que obligó a Jacob y a toda su familia a bajar a Egipto en busca de consuelo (Gén. 41:56; 47:4). Elimelec pudo pensar que esos ejemplos de los patriarcas se hacían eco de su propia situación y justificaban su viaje a Moab. ¿Acaso no contaba con las Escrituras para respaldar su proyecto? ¿Qué más necesitaba?

Pero un examen más detallado de la historia sin duda habría enseñado a Elimelec que esos incidentes no ilustraban la integridad, sino la laxitud de los patriarcas. En esos casos concretos, su conducta debía evitarse, no imitarse. ¡Pues qué consecuencias desastrosas tuvo su vergonzosa huida para escapar de la hambruna sobre su vida de fe y su testimonio! Consiguieron de qué alimentarse, pero perdieron su reputación. Abram e Isaac mintieron ambos sobre sus esposas y fueron públicamente cubiertos de vergüenza por las reprimendas de Faraón y de Abimelec, quienes, evidentemente, los consideraban hombres cuya palabra no era digna de confianza. ¡Qué grave perjuicio se infligió así a su testimonio al Dios vivo y verdadero, en contraposición a las divinidades engañosas adoradas en los países donde habían buscado refugio! En cuanto a Jacob, ¡cuán terribles fueron las consecuencias de su partida de la tierra prometida! Su descendencia se convirtió en esclava en Egipto y sufrió larga y amargamente bajo el yugo de Faraón, mientras Dios parecía silencioso y pasivo.

No; el ejemplo de los padres en este sentido no estaba exento de peligro para Elimelec. Ciertamente, la entrada de los patriarcas en la tierra prometida fue un acto de fe, agradable a Dios, pero su partida en busca de alimento fue fruto de la simple sagacidad o del oportunismo humano. Al entrar en Canaán, obedecieron el llamado de Dios; al abandonarla, siguieron sus propios intereses, lo que los deshonró como creyentes.

Tanto si Elimelec percibió como si no estas señales premonitorias en la vida de los patriarcas, corrió el mismo riesgo que ellos. Abandonó la tierra sobre la que Jehová había prometido posar su mirada constantemente, «desde el principio del año hasta el fin» (Deut. 11:12). Se trasladó de la tierra de Judá a la tierra de Moab; allí, él y sus 2 hijos murieron sin descendencia, y su herencia en la tierra de Israel se extinguió.

6.3 - El significado de los nombres

En el Antiguo Testamento, tanto en la historia como en las profecías, los nombres propios suelen tener un significado innegable, lo que ofrece una clave para comprender la enseñanza moral y espiritual de los pasajes en los que aparecen. En muchos casos, su significado está claramente definido y se corre el riesgo de dejarse llevar por una imaginación fértil que elige o inventa una interpretación a su antojo. En el libro de Rut, sin embargo, el significado de ciertos nombres es indiscutible, lo que aclara y refuerza el alcance del relato en su conjunto.

Elimelec significa "Dios el Rey" o "Dios es Rey". Este nombre no aparece en la Escritura hasta ese momento. Teniendo en cuenta este significado, resulta llamativo leer, en el último versículo del libro anterior (Jueces): «En estos días no había rey en Israel». Luego, ya en el versículo siguiente (Rut 1:1), surge un contraste significativo: Elimelec, un hombre de Israel daba testimonio sin cesar con su nombre de que "Dios es Rey", precisamente cuando toda la nación rechazaba la autoridad de Aquel que se sentaba entre los querubines en el tabernáculo.

Por muy sombrío que pueda parecer el día de la apostasía, podemos estar seguros de que Dios tiene a sus portadores de la antorcha. Elimelec era uno de los que llevaban la luz de la verdad en su nombre. Cuando Israel negaba la soberanía de Dios y «cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jueces 21:25), este hombre de Belén recordaba en silencio a sus conciudadanos que Dios era «rey en Jesurún» (Deut. 33:5). En la tribu real de Judá (Gén. 49:10), se distinguió como un testigo honorable de la soberanía de Dios sobre su pueblo redimido, a pesar de la idolatría, la anarquía y el individualismo que allí reinaban. «Elimelec» parecía un nombre adecuado para aquel hombre en la tierra de Judá; en la tierra de Moab, sin duda era un nombre inadecuado, pues quien lo llevaba había abandonado al pueblo de Dios para establecerse allí.

Noemi, el nombre de la esposa de Elimélec, al igual que el suyo, no aparece en ningún otro lugar de las Escrituras. Parece significar "dulzura" o "encanto", en particular esa gracia de carácter asociada a la belleza espiritual. El salmista emplea este término cuando evoca la «hermosura (dulzura, gracia) de Jehová» (Sal. 27:4), y expresa de nuevo su deseo de que esa «hermosura» resplandezca sobre su pueblo (Sal. 90:17). Esta palabra aparece también en Zacarías 11:7, 10. Noemí (dulzura) también está relacionada con la sabiduría, pues Salomón dice: «Sus caminos son caminos deleitosos ["agradables" en la versión de J.N. Darby]» (Prov. 3:17). Así, por su nombre, la graciosa, bondadosa y sabia Noemí debía de ser una esposa ideal para Elimelec; unidos, formaban una pareja noble y admirable, poderosos y agradables en su vida

en común.

Mahlón* y *Quelión. Estos nombres no aparecen en ningún otro lugar de las Escrituras. Por ello, su significado exacto sigue siendo oscuro; pero está suficientemente claro que indican un deterioro con respecto a las cualidades excepcionales que sugieren los nombres de los padres. Mahlón se ha traducido de diversas maneras: por ejemplo, "gran debilidad", "doloroso", "dulce". Quelión podría significar "devastador", "tuberculosis" o "decadencia". Evidentemente, el sentido general de estos 2 nombres es que la debilidad y la decadencia caracterizaban a los 2 hijos de Elimélec. Se observaba un notable declive del estatus familiar.

6.4 - Belén de Judá

En Jueces 17:7 y 19:1, 2 levitas de dudosa reputación se asocian con Belén-Juda; en el libro de Rut, este lugar es la morada de Elimelec y, posteriormente, la de Booz y Rut. Esta pequeña ciudad o pueblo del sur de Palestina reviste un interés excepcional en toda la Escritura, principalmente debido a su vínculo con la vida de David (se la denomina «la ciudad de David», Lucas 2:4), y posteriormente con la de su Hijo y Señor. Es aquí, así como en algunos otros pasajes, donde se la denomina Belén de Judá para distinguirla de otra Belén, situada al norte de Palestina, al oeste de Nazaret, y perteneciente a otra tribu, la de Zabulón (Josué 19:15).

Miqueas utilizó un nombre diferente para la ciudad de Judá. Profetizó que de «Belén Efrata», aunque «pequeña para estar entre las familias de Judá», saldría Aquel que sería el Juez y el Soberano de Israel (Miq. 5:1-2). Efrata era el antiguo nombre de Belén (Gén. 35:16, 19; 48:7), nombre que llevaba a la muerte de Raquel, madre de José y Benjamín, siendo estos 2 hijos prefiguraciones de la soberanía y el reinado de nuestro Señor.

Belén se encuentra a unos 8 o 10 kilómetros al sur de Jerusalén, en una cresta montañosa que culmina a unos 760 metros de altitud. La región es famosa por sus campos de cereales, sus olivares y sus fértiles viñedos, así como por sus ricos pastos. Esta abundancia pastoral se refleja en sus 2 nombres: Efrata significa "fertilidad", mientras que Belén significa "casa del pan". En un país de abundancia general, Belén era reconocida por todos como un lugar especialmente bendecido por Dios, con cosechas abundantes.

¿Cómo podía entonces Elimelec justificar su partida de los fértiles campos de Belén hacia la tierra idólatra de Moab? Si Dios hubiera retenido su lluvia porque no se le

honraba en Belén, ¿lo estaría aún más en Moab? Sin duda, la fe, en lugar de la huida, habría dicho: "Puesto que Dios me ha dado, a mí y a mi descendencia, una herencia en Belén para siempre, confiaré en él cada día para que provea a las necesidades de mi familia, y me quedaré aquí hasta que él me pida que me vaya". Al fin y al cabo, la hambruna le ofrecía la oportunidad de demostrar su fe en Dios con sus obras (vean Sant. 2:17-26); pero tuvo miedo, y su miedo le llevó a la perdición.

6.5 - El país de Moab

En medio de la angustia de la hambruna, Elimelec, desde las alturas de Belén, tal vez contempló hacia el este, más allá del mar Muerto, las montañas de Moab, a unos 50 o 60 kilómetros de distancia, y, entre ellas, la cima del monte Nebo, desde donde Moisés, poco tiempo antes, había contemplado la tierra prometida antes de su muerte (Deut. 34:1-5). Sea como fuere, condujo a su familia hacia ese territorio vecino en busca de alimento y refugio, ignorando la mala reputación de los moabitas, de quienes buscaba hospitalidad. «Llegaron, pues, a los campos de Moab, y se quedaron allí» (Rut 1:2).

Las 2 naciones hermanas, Moab y Amón, son conocidas como «los hijos de Lot» (Deut. 2:9) y son fruto de una unión incestuosa (Gén. 19:37-38). Siempre han sido enemigos acérrimos e implacables del pueblo elegido de Dios, y forman parte de la futura gran confederación de naciones que se formará bajo el poder asirio renacido para aniquilar a los hijos de Israel y borrar su nombre de la faz de la tierra (vean la profecía del Sal. 83:4-8).

Moab manifestó esta hostilidad hacia Israel durante su travesía desde Egipto hacia Canaán. Cuando el pueblo nómada llegó a las llanuras de Moab (Núm. 22:1), el rey Balac contrató a Balaam para que los destruyera con sus maldiciones (Josué 24:9-10). Al fracasar este complot gracias a la protección divina, se emplearon otros medios para causar daño siguiendo los consejos del pseudo-profeta perverso. El pueblo fue incitado a someterse a Baal-Peor y a entregarse a los ritos lascivos de los dioses de Moab; miles de ellos perecieron a causa de la peste que se desató a raíz de ello. Fue una página oscura de la historia de Israel, a la que las Escrituras hacen numerosas alusiones (Núm. 31:16; 25:1-5; Deut. 4:3; Sal. 106:28-30; Oseas 9:10; 1 Cor. 10:8; Apoc. 2:14).

Elimelec no podía ignorar este terrible episodio de la historia reciente de su pueblo. Sin embargo, empujado por la hambruna, se fue a vivir con los moabitas, un pueblo

pagano que incluso se había negado a dar de comer a sus antepasados cuando estos se encontraban en sus fronteras. Ante su manifiesta hostilidad, Dios había dicho a su pueblo: «Nunca procurarás la paz de ellos ni su bien en todos los días para siempre» (Deut. 23:4-6; Neh. 13:2); y, sin embargo, Elimelec se dirigió allí para alimentar a su familia.

6.6 - La miseria en Moab

En 2 ocasiones, en el libro de Proverbios, se dice: «Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte» (Prov. 14:12; 16:25). Siguiendo su propio criterio, Elimelec eligió el camino que conducía a Moab para encontrar allí alimentos perecederos, pero fue allí donde también encontró su tumba. «Y murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos» (Rut 1:3). La casa de los betlehemitas en Moab se convirtió en una casa de luto. Allí, Noemí lloraba la pérdida del esposo al que amaba y respetaba. Allí, Mahlón y Quelión perdieron para siempre la sabiduría y la fuerza que hasta entonces les había proporcionado la protección paterna.

Permanecer en Moab debió de parecerle a Elimelec el camino correcto a seguir; pero ¿había buscado primero conocer la voluntad de Dios? ¿Esperó oír la voz de Dios?, que le dijera: «Este es el camino, seguid por él». Buscaba pan, pero debería haber recordado las palabras de Moisés, escritas recientemente: «No vive el hombre solo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Jehová» (Deut. 8:3). Sin duda encontró pan en Moab, pues, al igual que Belén, era un lugar de campos fértiles (Jer. 48:31-33) y viñedos (Is. 16:8-10), así como de pastos para los rebaños (2 Reyes 3:4). Pero Elimelec no tenía ninguna palabra de Dios que justificara su presencia en Moab; y allí murió. Con su acto independiente, contrastaba con nuestro Señor en el desierto de Judea, un hombre hambriento y dependiente, pero que encontró su alimento en la Palabra y la voluntad de aquel que lo había enviado (Mat. 4:1-4; comp. con Juan 4:31-34).

El duelo, sin embargo, no obligó a Noemí, que había quedado viuda, ni a sus hijos a regresar a Belén. Se establecieron en Moab; y los hijos «tomaron para sí mujeres moabitas; el nombre de una era Orpa, y el nombre de la otra, Rut; y habitaron allí unos diez años» (Rut 1:4). Mahlón y Quelión actuaban a su antojo y bajo su propia responsabilidad. Si bien habían llegado a Moab por orden de su padre, habían elegido a sus esposas por voluntad propia. Si la intención de su padre era «morar» en Moab (v. 1), ellos decidieron quedarse indefinidamente en la tierra de la idolatría.

Quienes se adentran en un camino de decadencia suelen acelerar el paso, casi sin darse cuenta.

El matrimonio con naciones idólatras estaba prohibido por la Ley de Moisés (Deut. 7:3), y a ningún moabita se le permitía entrar «en la congregación de Jehová para siempre» (Deut. 23:3-4). Pero estos 2 jóvenes, poco piadosos y obstinados, se casaron con Orpa y Rut. Permanecieron en Moab unos 10 años, y ambos murieron sin hijos. Con la muerte de los 2 hijos, el nombre y la herencia de Elimelec desaparecieron. En esta familia de Belén se cumplió la solemne advertencia que el apóstol Pablo escribió mucho más tarde: «No se engañen: Dios no puede ser burlado; porque todo lo que el hombre siembre, eso también cosechará» (Gál. 6:7). «Murieron también los dos, Mahlón y Quelión, quedando así la mujer desamparada de sus dos hijos y de su marido» (Rut 1:5). ¡Así, Noemí quedó viuda y sin hijos en tierra extranjera!

7 - El regreso a Belén (Rut 1:6-22)

Noemí «y regresó de los campos de Moab; porque oyó en el campo de Moab que Jehová había visitado a su pueblo para darles pan» (Rut 1:6). Fieles a sus respectivos nombres, Belén había vuelto a ser "la casa del pan", y Judá, "la tierra de la abundancia y la alabanza". Tras tantos años, Noemí decidió dar media vuelta y, acompañada de sus 2 nueras viudas, «salió, pues, del lugar donde había estado… y comenzaron a caminar para volverse a la tierra de Judá» (Rut 1:7).

Pero nada indica que Noemí se arrepintiera ante Dios de su partida inicial de Belén. Su primer pensamiento, similar al del hijo pródigo, fue ir adonde hubiera "pan en abundancia".

7.1 - Las 3 viudas

Al abandonar Moab, la viuda mayor era consciente de que la situación de sus jóvenes compañeras era muy diferente a la suya. Como israelita, regresaba a su tierra natal, a su herencia familiar y a su Dios. Pero Orpa y Rut no tenían esa perspectiva en Judá. De hecho, iban a dejar atrás, en Moab, a sus seres queridos, a su nación y a sus ídolos. Noemí consideraba que no debía exigirles que renunciaran a sus lazos naturales con Moab por su culpa; ella continuaría sola su viaje hacia Belén. Por eso, Noemí aconsejó a cada una de ellas que regresara «a la casa de su madre», al tiempo

que invocaba la bendición de Jehová sobre ellas por su bondad hacia ella y hacia los difuntos (Rut 1:8-9).

Las jóvenes viudas se sintieron profundamente conmovidas por las palabras amables y consideradas de Noemí, y lloraron a raudales cuando ella las abrazó. Sin embargo, se opusieron con firmeza, afirmando que estaban dispuestas a acompañarla a Belén: «Ciertamente nosotras iremos contigo a tu pueblo» (v. 9 y 10). Pero Noemí había aprendido de su propia experiencia. Sin duda recordaba la imprudente decisión de su difunto marido de abandonar "la casa del pan" para ir a buscar pan a otra parte, y recordaba las desafortunadas consecuencias que ello había acarreado. Sea como fuere, suplicó a sus nueras que no tomaran una decisión tan precipitada. No obtendrían ningún beneficio terrenal al seguir a una mujer desamparada y abandonada, como ella lo estaba, por desgracia. No debían esperar un segundo matrimonio en la casa de Israel. Además, añadió Noemí con tono triste y algo amargado: «No, hijas mías; que mayor amargura tengo yo que vosotras, pues la mano de Jehová ha salido contra mí» (Rut 1:11-13).

Sin duda, esta mujer afligida hablaba con altruismo, pero, consideradas como las palabras de una persona que profesaba la fe en Jehová, el Dios de Israel, su testimonio ante los moabitas acerca de su providencia inmutable y su bondad incansable parecía débil, incluso falso. Fue una debilidad por su parte, 10 años después de su duelo, seguir sufriendo por su pena. Fue un error afirmar que la mano de Jehová estaba en su contra. Su mano no había llevado a la familia a Moab; fue por su propia elección que se alejaron del país donde su mano habría preservado sus almas con vida durante los días de hambruna (vean Sal. 33:18-19).

Las palabras desalentadoras de Noemí pusieron a prueba el corazón de las jóvenes; «alzaron otra vez su voz y lloraron», buscando consuelo en sus lágrimas, como suelen hacer las mujeres. Pero allí se encontraban, en la encrucijada, y debían tomar una decisión sin demora. La franqueza de Noemí las había puesto a dura prueba. ¿Debían renunciar a su suegra o a sus propias madres? ¿Debían abandonar la tierra de Moab para ir a la tierra de Israel? ¿Debían volverse hacia Jehová, el Dios de Noemí y de sus antepasados?, o seguir sirviendo a los dioses de su pueblo y de su infancia. Cada una decidió por sí misma cuál sería su destino. «Orpa besó a su suegra, mas Rut se quedó con ella» (Rut 1:14).

El beso de Orpa fue una despedida afectuosa, impregnada de una consideración sincera y respetuosa hacia la madre de su marido, pero nada más. El abrazo de Rut expresaba un afecto y un respeto similares, pero revelaba también lo que le faltaba a

Orpa: una entrega total a una futura vida de fe en el Dios vivo. Noemí, sin embargo, parecía dudar de la sinceridad de esta última y le aconsejó de nuevo que se quedara en su país natal, pues le dijo a Rut: «He aquí tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses; vuélvete tú tras ella» (Rut 1:15). Pero ni el afecto fraternal ni los consejos maternos pudieron hacer tambalear su determinación. Una fuerza divina actuaba en ella, de forma secreta pero irresistible. Como se ha dicho: "Si Orpa nos muestra los sentimientos de la naturaleza, Rut manifiesta sin duda el poder de la gracia".

7.2 - La gran decisión de Rut

A la luz de su trayectoria posterior y de su inquebrantable determinación de acompañar a su suegra, parece seguro que su conciencia y su corazón se vieron profundamente conmovidos por una verdad divina que había visto, oído y en la que creía firmemente. Un profundo malestar interior la empujaba a renunciar a sus ídolos y a buscar la gracia de Jehová, el Dios vivo de Israel. Pero temía que las repetidas advertencias de Noemí la apartaran de su propósito. Por eso Rut respondió con fervor, mostrando su entrega y su determinación.

Rut respondió: «No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada». Esta solemne declaración fue confirmada con un juramento: «Así me haga Jehová, y aun me añada, que solo la muerte hará separación entre nosotras dos». La piedad, la resolución y el entusiasmo de estas palabras convencieron a Noemí de la integridad y la determinación de Rut. «Y viendo Noemí que estaba tan resuelta a ir con ella, no dijo más. Anduvieron, pues, ellas dos hasta que llegaron a Belén» (Rut 1:16-19).

Las valientes y piadosas palabras de Rut daban testimonio de su compromiso como verdadera discípula de la verdad. Ya en su corazón, «la fe que obra por el amor» (Gál. 5:6). El «buen fruto» de sus labios indicaba claramente que el árbol era «bueno», y no «corrupto» (comp. con Mat. 7:16-20). Al igual que Abram, el padre de todos los creyentes, Rut abandonaba la tierra de los ídolos para dirigirse a la tierra prometida por Jehová. De hecho, el apego piadoso de esta joven pagana hacia una "madre en Israel" afligida habría sido un "adorno de gracia" incluso en una mujer experimentada, mientras que sus muestras de intensa devoción hacia Noemí pueden compararse con las de Ittai el guitita hacia David (2 Sam. 15:21), las de Eliseo hacia Elías (2 Reyes 2:3-6) y de Simón Pedro hacia nuestro Señor (Lucas 22:33; Juan 13:37). De hecho, al dejar a su padre y a su madre por la verdad (2:11), Rut mostraba una de las seña-

les que, según el Señor, distinguían a sus verdaderos discípulos (Mat. 10:37; Lucas 14:26).

Antes de continuar, volvamos al versículo 14, donde se lee que, a diferencia de Orpa, que se marchó, Rut «se quedó con ella (Noemí)». La expresión «se quedó» subraya la entrega total de Rut, por amor y fidelidad, a su nueva vocación. Se entregaba sin reservas, compartiendo no solo los bienes materiales de su suegra, sino también el culto a Jehová en la tierra de su pueblo elegido.

"Quedarse" es el término empleado por Dios en los orígenes de la humanidad para expresar el afecto inquebrantable y constante que un hombre debe sentir por la esposa que ha elegido (Gén. 2:24); este amor es tan íntimo y unificador que, al unirse, «los dos serán una sola carne» (Efe. 5:31). Además, el apego expresa la obediencia amorosa y el servicio de adoración que deben caracterizar al pueblo de Dios. En 6 ocasiones, Moisés y Josué exhortaron a los hijos de Israel a apegarse a Jehová, su Dios (Deut. 10:20; 11:22; 13:4; 30:20; Josué 22:5; 23:8). Por eso resulta significativo que, al relatar la decisión de Rut de ir a Belén, se diga que se apega a Noemí. Su elección no se debía a un simple capricho de amistad, sino a una profunda convicción. Su mirada estaba puesta en el Dios de Israel más que en la madre de su difunto esposo.

7.3 - Las amargas palabras de Noemí, sus manos vacías, su alma afligida

Tras más de 10 años de ausencia, Noemí regresó a Belén. Su llegada, acompañada de Rut, la extranjera moabita, despertó el interés y la curiosidad de los habitantes, muchos de los cuales probablemente la habían conocido antes de la gran hambruna, cuando su difunto marido era, al parecer, una figura importante e influyente de la ciudad. Los que reconocieron a Noemí quedaron atónitos ante su cambio. «Aconteció que habiendo entrado en Belén, toda la ciudad se conmovió por causa de ellas, y decían: ¿No es esta Noemí?» (Rut 1:19).

En su respuesta a las mujeres, Noemí habló como una mujer desdichada, conocida ya no como la dulce Noemí, sino como Mara, la amarga. Exageró sus propias penas y tribulaciones, sin decir ni una palabra para dar gracias a Jehová por haberla traído sana y salva a su tierra natal, junto a su familia y a su ciudad. Por muy grande que hubiera sido su testimonio de Dios en la tierra de Moab, resultó muy débil cuando se encontró en el umbral de su casa. Sin duda, pensando aún en su triple

duelo, así como en otras penas, acusó "locamente" al Todopoderoso por haberla tratado con crueldad y a Jehová por haberla traído de vuelta con las manos vacías y abatida. Les dijo a las mujeres: «No me llaméis Noemí, sino llamadme Mara; porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso. Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías. ¿Por qué me llamaréis Noemí, ya que Jehová ha dado testimonio contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido?» (Rut 1:20-21). ¡Tales eran los extraños reproches dirigidos a Dios por una mujer de fe!

7.4 - Comienzo de la cosecha de la cebada en Belén

Pero si bien el corazón de Noemí estaba sombrío y triste, una melodía de gozo resonaba en la tierra donde el Todopoderoso era el escudo y Jehová el Sol. Los campos de Belén se regocijaban por los frutos de las primeras cosechas maduras para los segadores: «Porque he aquí ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue; se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido» (Cant. 2:11-12). Jehová bendecía con una fertilidad renovada la tierra que había elegido entre todas las demás para ser llamada su tierra.

La cebada maduraba temprano, mucho antes que el trigo, tanto en Canaán como en Egipto (Éx. 9:31-32). En los valles protegidos de Belén, la cebada solía estar madura y lista para la cosecha ya en las primeras semanas de Nisán (marzo-abril), el primer mes sagrado del año para el joven pueblo de Israel (vean Éx. 12:2). Era también el momento prescrito para ofrecer a Dios las primicias de la cosecha (Lev. 23:9-14). De acuerdo con la Ley de Moisés, los piadosos habitantes de Belén, en la época de la llegada de Noemí, habrían llevado su gavilla de las primicias de la cebada al sacerdote como ofrenda mecida a Jehová. Pero Noemí no tenía nada que ofrecer. Había regresado, como ella misma decía, «con las manos vacías». Confesaba ser la más pobre de los pobres de Israel.

Sin embargo, Noemí, que se había descarriado durante un tiempo, había regresado a Belén al comienzo del nuevo año. El mes de Nisán le traía un mensaje de esperanza. La melancolía de su invierno había quedado atrás; una nueva vida y fertilidad se le ofrecían, si tan solo lo supiera. Mara, la amarga, la melancólica, la viuda pobre y sin hijos, pronto encontraría el gozo de la abundancia a su alrededor y en su interior, y volvería a ser Noemí, la dulce, en Belén, "la casa del pan".

El cielo siempre tiene por costumbre alegrar a los hijos pródigos arrepentidos que regresan; por eso, a Noemí le esperaban gozos inesperados en Belén. Pronto, el co-

razón de la esposa y madre afligida cantaría de alegría (Job 29:13), pues Jehová le daría un hijo con derecho a la redención, para que su herencia no se perdiera (Rut 4:14-15). Jehová, bendito sea su nombre, también le daría un hijo a la viuda inconsolable (Rut 4:17), y su nombre sería famoso en Israel. Aquella que había regresado con el corazón y las manos vacías los vería colmados de gozos inesperados y bendiciones inmerecidas. Además, encontraría un consuelo y una recompensa duraderos junto a Rut, la moabita, que «quedó con ella» en las fronteras de Moab, y que resultó ser, como dijeron más tarde las mujeres de Belén (Rut 4:15), mejor para la viuda sin hijos que 7 hijos.

8 - Rut, la extranjera, en los campos de Booz (Rut 2)

La fe condujo a Noemí, la pobre, y a Rut, la extranjera, a Belén, la casa del pan de Jehová. Ambas compartían el sentimiento del hijo pródigo de la parábola: quedarse en la "tierra lejana" de Moab era "morir de hambre", mientras que en la tierra del Dios de Noemí había "pan en abundancia", suficiente para alimentar tanto el alma como el cuerpo. La tierra prometida por Dios debe ser una tierra de abundancia, donde los pobres nunca son olvidados, sino siempre alimentados.

Antes de que el pueblo de Israel entrara en Canaán, Jehová, por medio de su siervo Moisés, les dio un conjunto completo de normas relativas a su conducta religiosa y social una vez que se hubieran establecido. Entre sus deberes, se les ordenó que cuidaran de los pobres (Deut. 15:7-11), y en particular de las viudas y los huérfanos (Deut. 24:19). Se ordenó a los terratenientes de Israel que no olvidaran las necesidades de los pobres, sobre todo en época de cosecha, sino que les permitieran compartir los bienes que el Dios del cielo les concedía. Se añadió una cláusula específica a tal efecto a las instrucciones de Jehová relativas a la celebración anual de la «fiesta de las Semanas», durante la cual debía presentársele la ofrenda voluntaria según las bendiciones que les había concedido (vean Deut. 16:10). Los hijos de Israel debían entonces llevar ante él, junto con sus sacrificios de animales, «dos panes para ofrenda mecida». Pero se añadió: «No segaréis hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu siega; para el pobre y para el extranjero la dejarás» (Lev. 23:22; vean también Lev. 19:9). En el Nuevo Testamento encontramos una combinación similar de acción de gracias a Dios y de donaciones a los necesitados (Hebr. 13:15-16); nuestro culto será incompleto e inaceptable si falta uno u otro.

Jehová deseaba desarrollar un espíritu de misericordia en su pueblo. Al practicarlo,

serían bendecidos y obtendrían una misericordia aún mayor (Mat. 5:7). La nación debía recordar la bondad de Dios hacia ella cuando era extranjera y esclava en Egipto (Éx. 22:21). Por lo tanto, debía manifestar su bondad hacia todo extranjero que se encontrara entre ella, permitiéndole espigar en sus campos y viñedos, asegurándose de que los segadores dejaran una parte especialmente para los espigadores. Aunque estos extranjeros no fueran descendientes de Abraham según la carne y no hubieran participado ni en la labranza, ni en la siembra, ni en la cosecha, no debían verse privados de los beneficios de Dios en la época de la cosecha.

Este mandamiento de Jehová relativo al pobre y al extranjero estaba inscrito en el libro de las leyes de Israel. De acuerdo con sus generosos términos, Noemí y Rut encontraron en Belén de qué alimentarse de inmediato, y recibieron también favores divinos mucho más sorprendentes y numerosos de lo que jamás hubieran podido imaginar. Solo la misericordia infinita de Jehová podía vincular a estas 2 viudas, a través de su genealogía, con el Mesías prometido de Israel. Su humilde llegada a Belén, en obediencia a la fe, fue el primer paso hacia ese desenlace inesperado.

8.1 - Mientras se dirigía a espigar, Rut llegó al campo de Booz

Enfrentadas a una gran precariedad, las 2 mujeres solicitaron la ayuda de la Ley nacional sobre los pobres. Sin embargo, no fue Noemí, la mayor, una "madre en Israel" por nacimiento y educación, quien tomó la iniciativa, sino Rut, la más joven, convertida del culto a los ídolos al servicio de Jehová. Al comenzar la cosecha de la cebada, se ofreció voluntaria, a pesar de ser forastera en Belén, para espigar en los campos. Su suegra aceptó.

Ahora bien, Noemí tenía parientes acaudalados por parte de su marido, quienes, a diferencia de ella, al parecer no habían emigrado de Belén a causa de la hambruna. Se habían quedado allí, se habían salvado y habían prosperado. Uno de ellos, llamado Booz, había adquirido gran influencia en Belén. «Tenía Noemí un pariente de su marido, hombre rico de la familia de Elimelec, el cual se llamaba Booz» (Rut 2:1). Sin embargo, Noemí, a pesar de su necesidad, no había pedido ningún favor a sus familiares, ni siquiera a Booz. Los pobres suelen aferrarse a su orgullo hasta el final.

Del mismo modo, parece que Rut, al salir a espigar, no tenía intención de ir al campo de Booz, el pariente de su suegra. Temprano por la mañana, se marchó humildemente, como una extranjera pobre, a recoger su parte de grano donde se presentara la ocasión, no sin la firme convicción de que el Dios de Israel, bajo cuyas alas había

venido a refugiarse, la guiaría y la protegería. Rut, la moabita, le dijo a Noemí: «Te ruego que me dejes ir al campo, y recogeré espigas en pos de aquel a cuyos ojos hallare gracia». Y ella le respondió: «**Ve, hija mía**». Rut «fue, pues, y llegando, espigó en el campo en pos de los segadores; y aconteció que aquella parte del campo era de Booz, el cual era de la familia de Elimelec» (Rut 2:2-3). En apariencia, Rut eligió el campo de Booz «y aconteció», pero, según la fe, fue por la voluntad y la guía de Dios por lo que se dirigió al campo de un hombre piadoso y bondadoso, pariente político de su suegra, y ante quien rápidamente halló gracia.

8.2 - El primer día de espigado de Rut

El nombre del pariente de Noemí, Booz, significa "columna" o "en él está la fuerza". Una de las 2 columnas del pórtico del templo de Salomón se llamaba «Booz» (1 Reyes 7:21). Booz, el hombre fuerte de Belén, también se describe como «un hombre rico» (2:1). La misma expresión se aplica a Gedeón y a Jefté, pero en esos casos se traduce como «varón esforzado y valiente» (Jueces 6:12; 11:1), ya que el valor y el liderazgo eran cualidades esenciales para su servicio a Dios. Aquí, en referencia a Booz, el término «riqueza» se emplea como en Deuteronomio 8:17-18, donde se refiere a los bienes personales otorgados por Dios en la tierra, tales como las hermosas casas, los rebaños, la plata y el oro, mencionados en los versículos 1, 12-13. Para el israelita piadoso, la «riqueza» era un signo de la bendición de Jehová, la que «enriquece, y no añade tristeza con ella» (Prov. 10:22).

Booz era, por tanto, un hombre piadoso, acomodado y respetado en Belén, cuyo carácter moral y espiritual se había fortalecido, y no corrompido, gracias a sus riquezas. Era cortés, atento y generoso con los pobres. Sus palabras y sus actos, tal y como se relatan, dan testimonio de su profunda fe en Dios; y ahí residía el secreto de su fortaleza. «Y he aquí que Booz vino de Belén, y dijo a los segadores: Jehová sea con vosotros. Y ellos respondieron: Jehová te bendiga» (Rut 2:4).

Como era habitual en él, Booz se preocupaba personalmente por el bienestar de todos los trabajadores. Al fijarse en la recién llegada, preguntó por ella al capataz, quien la describió como una joven moabita: «Y Booz dijo a su criado el mayordomo de los segadores: ¿De quién es esta joven? Y el criado, mayordomo de los segadores, respondió y dijo: Es la joven moabita que volvió con Noemí de los campos de Moab; y ha dicho: Te ruego que me dejes recoger y juntar tras los segadores entre las gavillas. Entró, pues, y está desde por la mañana hasta ahora, sin descansar ni aun por un momento» (Rut 2:5-7). La «casa» era un refugio temporal donde los trabajadores

podían descansar un rato del intenso calor.

Como forastera, Rut era sin duda tímida y reservada. Booz se dirigió a ella con palabras amables, alentadoras y bondadosas, hablándole como alguien de más edad en lugar de como un amo. «Oye, hija mía, no vayas a espigar a otro campo, ni pases de aquí; y aquí estarás junto a mis criadas. Mira bien el campo que sieguen, y las sigues; porque yo he mandado a los criados que no te molesten. Y cuando tengas sed, ve a las vasijas, y bebe del agua que sacan los criados» (Rut 2:8-9).

Esos consejos amables y bondadosos conmovieron profundamente a la joven. Se sentía indigna de tal favor. «Ella entonces bajando su rostro se inclinó a tierra, y le dijo: ¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que me reconozcas, siendo yo extranjera?» [2] (Rut 2:10).

> [2] Para ver postraciones similares en señal de reverencia, según la costumbre oriental, vean 1 Samuel 25:23-24 y 2 Samuel 1:2.

La respuesta de Booz demostró que ya conocía su profundo apego a Noemí, al haber dejado a sus padres y su patria para acompañarla a Belén. Rogó a Jehová, el Dios de Israel, a quien ella había implorado protección, que recompensara su amor. «Y respondiendo Booz, le dijo: He sabido todo lo que has hecho con tu suegra después de la muerte de tu marido, y que dejando a tu padre y a tu madre y la tierra donde naciste, has venido a un pueblo que no conociste antes. Jehová recompense tu obra, y tu remuneración sea cumplida de parte de Jehová Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte» (Rut 2:11-12). Estas palabras bondadosas consolaron a la forastera solitaria y fortalecieron su fe en Jehová. «Y ella dijo: Señor mío, halle yo gracia delante de tus ojos; porque me has consolado, y porque has hablado al corazón de tu sierva, aunque no soy ni como una de tus criadas» (Rut 2:13).

A la hora de la comida, Booz volvió a mostrar su benevolencia hacia la moabita. A Rut se le permitió participar plenamente en la comida con los demás y mojar su trozo de pan en el plato de vinagre (o vino agrio). Sentada entre los segadores, recibió de manos del propio Booz una generosa ración de grano tostado, una ración doble en señal de su benevolencia. «Y Booz le dijo a la hora de comer: Ven aquí, y come del pan, y moja tu bocado en el vinagre. Y ella se sentó junto a los segadores, y él le dio del potaje, y comió hasta que se sació, y le sobró» (Rut 2:14). Bienaventurados los mansos; ellos «comerán... serán saciados» (Sal. 22:26).

Cuando Rut reanudó su espigado, Booz ordenó a sus jóvenes que le facilitaran la

tarea recogiendo las espigas de cebada esparcidas por los campos tras la siega. También debían apartar unos puñados de espigas de las gavillas especialmente para ella. «Luego se levantó para espigar. Y Booz mandó a sus criados, diciendo: Que recoja también espigas entre las gavillas, y no la avergoncéis; y dejaréis también caer para ella algo de los manojos, y lo dejaréis para que lo recoja, y no la reprendáis» (Rut 2:15-16).

Las labores de la cosecha continuaron hasta el amanecer. Entonces, con un palo, Rut trilló las espigas que había recogido y comprobó que tenía aproximadamente un efa (3 medidas) de cebada para llevarle a Noemí. Sería una aportación considerable a las provisiones de la casa. «Espigó, pues, en el campo hasta la noche, y desgranó lo que había recogido, y fue como un efa de cebada. Y lo tomó, y se fue a la ciudad; y su suegra vio lo que había recogido» (Rut 2:17-18).

8.3 - Conversación vespertina entre Noemí y Rut

Sin duda, fue una espigadora cansada pero feliz la que regresó a casa aquella tarde, a su nuevo hogar en Belén. Porque Rut había comprobado, desde el primer día, lo bueno que era para una extranjera pobre confiar en el Dios de Israel, que «no hace acepción de personas, ni toma cohecho; que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido» (Deut. 10:17-18). El efa de cebada daba testimonio de la bondad de Jehová, mientras que el pan y el grano tostado que le ofreció Booz completaban esa generosidad hacia la viuda y la extranjera. «Lo tomó, y se fue a la ciudad; y su suegra vio lo que había recogido. Sacó también luego lo que le había sobrado después de haber quedado saciada, y se lo dio» (Rut 2:18).

La anciana estaba visiblemente conmovida por estas señales inesperadas, pero innegables, de la providencia divina. Aún el día anterior había dicho: «En grande amargura me ha puesto el Todopoderoso» (1:20); pero hoy, Noemí comprobaba que Él estaba lleno de gracia para con Mara, como ella misma se había llamado. El amor de Dios levantaba el velo de las quejas incrédulas que pesaban sobre el corazón de Mara. Y pronto, Mara, la amargura, volvería a ser Noemí, la dulzura. «Y le dijo su suegra: ¿Dónde has espigado hoy? ¿y dónde has trabajado? Bendito sea el que te ha reconocido. Y contó ella a su suegra con quién había trabajado, y dijo: El nombre del varón con quien hoy he trabajado es Booz» (Rut 2:19).

El nombre de Booz despertó nuevas esperanzas en la viuda desesperada. Gracias a su

rico pariente, tenía con qué cubrir sus necesidades inmediatas. ¿No podría Jehová, a través de ese pariente rico, redimir la herencia perdida tras la muerte de su marido y sus hijos? La desconfianza de Mara hacia el Todopoderoso se desvanecía, dando paso a la confianza y la esperanza de Noemí en Jehová. «Y dijo Noemí a su nuera: Sea él bendito de Jehová, pues que no ha rehusado a los vivos la benevolencia que tuvo para con los que han muerto. Después le dijo Noemí: Nuestro pariente es aquel varón, y uno de los que pueden redimirnos» (Rut 2:20; vean Lev. 25:25).

Al conocer poco las leyes de Israel, Rut no tenía nada alentador que responder a su suegra. Sin embargo, le contó que Booz le había ordenado que siguiera espigando en sus campos, no solo durante la cosecha de la cebada, sino también durante la del trigo que vendría a continuación. «Y Rut la moabita dijo: Además de esto me ha dicho: Júntate con mis criadas, hasta que hayan acabado toda mi siega. Y Noemí respondió a Rut su nuera: Mejor es, hija mía, que salgas con sus criadas, y que no te encuentren en otro campo. Estuvo, pues, junto con las criadas de Booz espigando, hasta que se acabó la siega de la cebada y la del trigo; y vivía con su suegra» (Rut 2:21-23). Los jóvenes de Booz eran sus segadores y las muchachas, las espigadoras. La cosecha de la cebada y del trigo solía extenderse desde principios de abril hasta finales de junio, es decir, un período de unos 3 meses. Las perspectivas de abastecimiento de alimentos para Noemí y Rut habían mejorado; y en cuanto a la herencia perdida, ya se vislumbraban en el horizonte de su esperanza señales de su recuperación.

9 - Rut, la suplicante a los pies de Booz (Rut 3)

Cuando David regresó avergonzado de la tierra de los filisteos, donde había buscado imprudentemente refugio junto a Aquis (1 Sam. 21:10-15), escribió el Salmo 34, probablemente en la soledad de la cueva de Adulam, donde recuperó la fe en su Dios. En este cántico de alabanza, conmemora su liberación y exalta la gracia de Jehová hacia los necesitados y los afligidos, invitando a todos los que se encontraban en la angustia y las deudas (vean 1 Sam. 22:2) a que lo experimentaran por sí mismos. David dice: «Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él. Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen. Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien» (Sal. 34:8-10).

Al igual que David al regresar de Gat, la ciudad de Goliat, Noemí, al volver de Moab,

el reino de Balac, había probado y visto por sí misma, a pesar de su indignidad, cuán bueno es Jehová y que «no serán condenados cuantos en él confían» (Sal. 34:22). En la abundante provisión que Rut llevó de los campos de Booz a Noemí, ella discernió la "bondad y la tierna misericordia" de Jehová, que había recompensado tan pronta y generosamente la confianza que las 2 viudas solitarias habían depositado en él. Así, Noemí recuperó el ánimo en Jehová. Él había colmado sus necesidades actuales; ¿no proveería también en el futuro? ¿No podía su fe ir más allá y confiar en que él proveería una redención para la herencia de su difunto marido, perdida por falta de heredero tras la muerte de sus 2 hijos?

9.1 - Noemí exhorta a Rut a buscar un redentor

Noemí aconsejó a su nuera que intercediera personalmente ante Booz, su pariente cercano y rico. Animada por ese espíritu de gracia desinteresada, manifestado tan perfectamente en Cristo, quien «no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse», deseaba que Rut, la moabita, obtuviera un favor antes que ella misma, la esposa del difunto Elimelec. Como ella misma decía, su objetivo era "buscar descanso" para que la extranjera de Moab prosperara en la tierra prometida y para que Rut pudiera recibir legítimamente su herencia familiar en el seno de la tribu de Judá. Noemí no buscaba su propio interés, sino el bien espiritual de su nuera. Del mismo modo, Pablo, en su ministerio, tenía constantemente en el corazón el bienestar espiritual de sus hijos en la fe. Escribió: «No busco vuestros bienes, sino a vosotros; porque los hijos no deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. Pero yo muy gustosamente gastaré, y me desgastaré por vuestras almas; aunque amándoos más, sea amado menos» (2 Cor. 12:14-15). Tales ejemplos de entrega desinteresada merecen nuestro respeto y que los imitemos.

No cabe duda de que la piedad y la bondad que Booz ya había demostrado hacia Rut habían despertado nuevas esperanzas en el corazón de Noemí, y esta aconsejó a la joven que le presentara su petición sin demora. «Después le dijo su suegra Noemí: Hija mía, ¿no he de buscar hogar para ti, para que te vaya bien? ¿No es Booz nuestro pariente, con cuyas criadas tú has estado? He aquí que él avienta esta noche la parva de las cebadas. Te lavarás, pues, y te ungirás, y vistiéndote tus vestidos, irás a la era; mas no te darás a conocer al varón hasta que él haya acabado de comer y de beber. Y cuando él se acueste, notarás el lugar donde se acuesta, e irás y descubrirás sus pies, y te acostarás allí; y él te dirá lo que hayas de hacer» (Rut 3:1-4).

El aventado, es decir, la separación del grano de la paja tras la trilla, se realizaba

generalmente por la noche, ya que era en ese momento del día cuando soplaban los vientos necesarios para llevarse las finas cáscaras del grano (Sal. 1:4). Para proteger el grano aventado de los ladrones, que prefieren la oscuridad a la luz, era costumbre que el propietario durmiera al aire libre en la era, vestido con su ropa habitual y cubierto con su manto. Parece que todo el mundo en Belén sabía que Booz seguiría esa costumbre aquella noche. Por eso, Noemí aconsejó a Rut que aprovechara la ocasión para dirigirse personalmente a Booz, «uno de nuestros parientes», solicitándole protección en su indigencia, así como su intervención para recuperar la herencia de sus difuntos suegro y marido. Rut aceptó seguir el consejo de Noemí. «Y ella respondió: Haré todo lo que tú me mandes» (Rut 3:5).

9.2 - La petición personal de Rut al pariente redentor

El plan de Noemí, basado en las disposiciones divinas (Lev. 25:23-28; Deut. 25:5-10), se hacía de buena fe. Creía que Booz era el pariente que, según la Ley, tenía el deber de recuperar la herencia perdida y casarse con su nuera, Rut. Estaba convencida de que Booz, habiéndose mostrado un hombre temeroso de Dios, no dudaría en aceptar esa responsabilidad y que le indicaría, tal y como le dijo a Rut, «lo que hayas de hacer» (3:4). «Descendió, pues, a la era, e hizo todo lo que su suegra le había mandado. Y cuando Booz hubo comido y bebido, y su corazón estuvo contento, se retiró a dormir a un lado del montón. Entonces ella vino calladamente, y le descubrió los pies y se acostó. Y aconteció que a la medianoche se estremeció aquel hombre, y se volvió; y he aquí, una mujer estaba acostada a sus pies. Entonces él dijo: ¿Quién eres? Y ella respondió: Yo soy Rut tu sierva; extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano» (Rut 3:6-9).

Al final del día, Booz comió con el corazón contento, lleno de la alegría de la cosecha (Is. 9:3) que le procuraba la bendición divina sobre sus siembras y sus labores. «Contento», aquí como en Lucas 15:24, no implica una jovialidad excesiva. A medianoche, Booz se sorprendió al encontrar a una mujer tendida bajo el manto que le cubría los pies. Era el momento de que Rut presentara su petición. Reconocía ser la espigadora indigna con la que Booz había sido tan bondadoso. Ahora solicitaba su protección como viuda pobre e hija de una viuda pobre. Había acudido a él porque era un pariente y tenía el derecho de redención. Se encomendaba sin reservas a su misericordia y a su favor. Sabía que él tenía el poder de redimir; ¿acaso no se llamaba Booz, el poderoso y el rico? Confiaba en que él estuviera dispuesto y fuera capaz de redimir.

«Extiende el borde de tu capa sobre tu sierva» debe entenderse no de forma literal, sino figurada. Rut anhelaba su protección. Cuando el peligro amenaza a su nidada indefensa, la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas (Mat. 23:37). Cuando David huía de Saúl, se refugió a la sombra de las alas de su Dios (Sal. 57:1; vean también Sal. 36:7; 61:4; 91:4). También cabe recordar que, en los campos de la cosecha, Booz había utilizado esta misma metáfora para acoger a Rut, la espigadora, diciendo: «Jehová recompense tu obra, y tu remuneración sea cumplida de parte de Jehová Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte» (2:12). ¿Se refería Rut a estas palabras de Booz cuando le suplicó: «Extiende el borde de tu capa sobre tu sierva»? Es muy posible, pues sus palabras expresaban la fe de su corazón, convencida de que el "ala" de Booz podía ser el instrumento de las "alas" protectoras de Jehová.

9.3 - Rut recibe la promesa de redención

Booz, lleno de temor a Jehová, escuchó atentamente la conmovedora súplica de la mujer desamparada a sus pies. Sin duda, Dios, que la había guiado desde Moab hasta Belén, la había conducido ahora desde la casa de Noemí hasta su era. Al considerar su petición como razonable y justa, Booz accedió a ella, aunque comprendía lo que estaba en juego quizá mejor que ella o que Noemí, pues otro hombre tenía un derecho más directo que él a redimir la herencia. No obstante, Booz se comprometió a que se hiciera justicia y a que la herencia fuera rescatada y restablecida sobre la base sólida de la equidad y la verdad, de conformidad con la Ley de Jehová. Si el pariente más cercano no cumplía con esta misión, él mismo se encargaría de ello. En cualquier caso, tenía la intención de extender su ala protectora sobre la joven abandonada y hacer por ella todo lo que la justicia y la generosidad exigieran.

La respuesta de Booz a la petición de Rut fue la siguiente: «Y él dijo: Bendita seas tú de Jehová, hija mía; has hecho mejor tu postrera bondad que la primera, no yendo en busca de los jóvenes, sean pobres o ricos. Ahora pues, no temas, hija mía; yo haré contigo lo que tú digas, pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres mujer virtuosa. Y ahora, aunque es cierto que yo soy pariente cercano, con todo eso hay pariente más cercano que yo. Pasa aquí la noche, y cuando sea de día, si él te redimiere, bien, te redima; mas si él no te quisiere redimir, yo te redimiré, vive Jehová. Descansa, pues, hasta la mañana» (Rut 3:10-13).

Así, Rut, forastera por nacimiento respecto a los "pactos de la promesa", recibió la promesa de una herencia en la tierra de Emanuel, la tierra de la gloria por excelencia, aquella desde la que las abundantes bendiciones de Dios se derramarían sobre toda

la tierra. Mediante el cumplimiento de esta promesa, ella sería, tal y como el propio Booz deseaba (v. 10), bendecida por Jehová y aceptada como hija de Israel.

Además, su fe en Jehová se manifestaba de manera innegable en su vida piadosa y en su comportamiento general; hasta tal punto que, como atestiguó Booz, los hombres sabios e íntegros que se sentaban a la puerta de Belén sabían que era una «mujer virtuosa» (v. 11). Ya los ancianos ya la reconocían como una mujer que destacaba en las cualidades femeninas que confieren valor y virtud a una esposa en Israel. Este término se emplea en otros pasajes. Salomón describe a una mujer, así como una «corona de su marido» (Prov. 12:4). Y los 22 últimos versículos de este libro de sabiduría moral forman un acróstico elogioso de una «mujer virtuosa» (Prov. 31:10-31).

Tal era, pues, el carácter de Rut antes de su llegada a la casa de Booz. Con su conducta ejemplar, esta humilde sierva había demostrado ante los ancianos de la ciudad que era digna de recibir una herencia en medio del pueblo de Jehová. Los ancianos de los judíos de Capernaum le dijeron al Señor, refiriéndose al centurión pagano que había implorado su ayuda para la curación de su siervo, que era «digno» (Lucas 7:4). El propio centurión respondió: «No soy digno» (v. 6). Pero el Señor mostró al pueblo que sus beneficios hacia los judíos procedían de una «fe tan grande», como ninguna que hubiera encontrado en Israel (Mat. 8:8, 10). Del mismo modo, Rut fue justificada ante los hombres por sus obras "dignas", pues brotaban de su fe en Jehová, al igual que las de Abraham y Rahab (Sant. 2:21-25).

9.4 - Rut lleva la buena noticia a Noemí

Booz le pidió a Rut que se quedara donde estaba hasta la mañana siguiente y que no se arriesgara a los peligros de un viaje nocturno para volver a casa. La probada piedad tanto del anciano como de la joven justificaba plenamente el carácter discreto de aquel encuentro privado y especial. Rut, sin embargo, abandonó la era al amanecer para que «no den al adversario ningún motivo» (1 Tim. 5:14). «Y después que durmió a sus pies hasta la mañana, se levantó antes que los hombres pudieran reconocerse unos a otros; porque él dijo: No se sepa que vino mujer a la era» (Rut 3:14).

Antes de partir, Rut se benefició una vez más de la generosidad de Booz, su redentor por promesa. Él le llenó el manto con 6 medidas de cebada aventada y se lo colocó sobre la cabeza para que se lo llevara a casa. De este modo, Booz la coronó, por

así decirlo, con un signo de su bondad y su favor, imagen, podría decirse, del favor del que descansa sobre aquellos que "guardan su alianza" y "se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos en práctica". Él corona a tales hombres «de favores y misericordias» (Sal. 103:4). «Después le dijo: Quítate el manto que traes sobre ti, y tenlo. Y teniéndolo ella, él midió seis medidas de cebada, y se las puso encima; y ella se fue a la ciudad» (Rut 3:15). Las «seis medidas» de cebada que Rut llevaba a Noemí equivalían a 2 efas; esta cantidad era el doble de lo que ella había espigado (2:17). Se trataba de una "porción doble", señal del favor especial de Booz (Deut. 21:17; 1 Sam. 1:5).

En la versión autorizada del rey Jaime en inglés, el versículo 15 termina así: «Y volvió a la ciudad». Sin embargo, la mayoría de las versiones revisadas, utilizan el pronombre «él», indicando que se trata de Booz y de su partida hacia Belén y su puerta (uniendo así 3:15 con 4:1, quedando los v. 16 al 18 entre paréntesis). Esta lectura, «él» en lugar de «ella», es sin duda correcta.

Rut llegó a casa de Noemí al amanecer. «Y cuando llegó a donde estaba su suegra, ésta le dijo: ¿Qué hay, hija mía? Y le contó ella todo lo que con aquel varón le había acontecido. Y dijo: Estas seis medidas de cebada me dio, diciéndome: A fin de que no vayas a tu suegra con las manos vacías. Entonces Noemí dijo: Espérate, hija mía, hasta que sepas cómo se resuelve el asunto; porque aquel hombre no descansará hasta que concluya el asunto hoy» (Rut 3:16-18). Las primeras palabras de Noemí no implican necesariamente una falta de agradecimiento. El patriarca Isaac se dirigió de la misma manera a sus 2 hijos (Gén. 27:18, 32). Además, la expresión «hija mía» denotaba un saludo amistoso más que un vínculo familiar. Cabe señalar que Booz utilizó la misma fórmula para dirigirse a Rut (2:8; 3:10). Rut anunció de inmediato a su suegra la buena noticia: Booz le había prometido la redención. También le mostró la doble ración de cebada que él le había ofrecido, símbolo de la fértil herencia por venir y prueba de su favor actual.

El comentario de Noemí (v. 18) sobre esta buena noticia está impregnado de fe y esperanza. Tenía una confianza absoluta en la piedad y la beneficencia activa de Booz. Estaba segura de que cumpliría su promesa sin demora: «hoy», dijo ella. Rut no tenía, por tanto, ningún motivo para preocuparse. Que mantuviera la serenidad. La situación estaba ahora enteramente en manos de Booz, y la fuerza de Jehová reposaba en él.

Que nuestros lectores sigan el ejemplo de la confianza de estas mujeres y mediten en la exhortación de Hebreos 6:11-12: «Deseamos que cada uno de vosotros muestre

la misma solicitud en la plena seguridad de vuestra esperanza hasta el fin, que no os hagáis perezosos, sino imitadores de los que heredan las promesas mediante la fe y la paciencia».

10 - Booz se convierte en el pariente redentor (Rut 4:1-12)

A las puertas de Belén, Booz se muestra compasivo con las 2 viudas, pero también profundamente respetuoso con las justas exigencias de la Ley de Jehová en la tierra de Israel. Se asegura de que la redención inmediata de la herencia de Elimelec se lleve a cabo públicamente y de acuerdo con las costumbres aceptadas del pueblo. En realidad, se trataba de mucho más que de satisfacer las necesidades de las viudas desamparadas. Esa herencia era un don de Jehová a esa familia y, por ese motivo, debía recuperarse y conservarse para ella. En tiempos de Josué, esa parcela de tierra había sido asignada por sorteo a los antepasados de Elimelec, para que ellos y sus herederos la poseyeran a perpetuidad. Jehová era el propietario: «La tierra mía es» (Lev. 25:23). Cualquier cuestión relativa a la sucesión o a un cambio de ocupante debía abordarse de manera justa a los ojos de Jehová. La redención (la compra) era un acto sagrado, y no una simple negociación humana.

Con el doble propósito de la redención y el matrimonio, Booz se dirigió «a la puerta», lugar reconocido como un tribunal público donde los asuntos civiles y criminales estaban instruidos por los hombres mayores y sabios de la ciudad. Esta forma de administración local había sido autorizada por Moisés y figuraba en sus últimas instrucciones dadas a los hijos de Israel en las fronteras de la tierra de Canaán (vean Deut. 16:18-20; 21:18-21; 25:7-9). Los ancianos de la ciudad eran, por tanto, sus gobernantes civiles y estaban "ordenados por Dios" para serlo, recompensando y protegiendo a los buenos y castigando a los malvados con la autoridad de magistrados ejercida conforme a su Ley (Josué 20:4; Rom. 13:1-4).

10.1 - Booz y los ancianos a la puerta de la ciudad

Booz sabía que otro hombre, por tener un vínculo familiar más cercano, tenía un derecho de redención superior al suyo frente al arrendatario de la finca a la que, presumiblemente, Elimelec y Noemí la habían cedido al partir hacia la tierra de

Moab. A falta de redención, la tierra permanecería en posesión del arrendatario o del acreedor hipotecario hasta el año del jubileo (Lev. 25:28). Sin embargo, hasta entonces, el pariente más cercano no había emprendido ningún trámite para redimir la herencia, descuidando así a las viudas. Pero Booz era partidario de actuar de inmediato y llevó enseguida el asunto ante las autoridades legítimas, a las que reunió en la puerta de la ciudad. Booz subió a la puerta y se sentó allí. Y he aquí que llegó aquel que tenía el derecho de redención, aquel de quien Booz había hablado, llegó. Booz le dijo: «Eh, fulano, ven acá y siéntate. Y él vino y se sentó. Entonces él tomó a diez varones de los ancianos de la ciudad, y dijo: Sentaos aquí. Y ellos se sentaron» (Rut 4:1-2).

Belén estaba situada en una colina, y los campos de cereales se encontraban en los valles y en las laderas. Por eso leemos que Rut «descendió» de la casa de Noemí hasta la era (3:6) y que Booz «subió» de la era hasta la puerta de Belén (4:1). La puerta era un lugar público, lo suficientemente espacioso como para que 12 personas pudieran sentarse y muchos habitantes pudieran permanecer de pie como espectadores. En las grandes ciudades, se habilitaba un amplio espacio junto a las puertas para las ceremonias públicas importantes. Por ejemplo, en un "espacio abierto" o plaza situada a la entrada de la puerta de Samaria, 2 reyes podían sentarse en sus tronos con gran pompa, mientras todos los profetas profetizaban ante ellos (1 Reyes 22:10).

10.2 - El pariente más cercano renuncia a su derecho de redención

Ante los ancianos reunidos en la puerta de la ciudad, Booz expuso la cuestión de la herencia caducada al pariente más cercano (Goel). Noemí, viuda de su pariente, deseaba que se redimiera la parcela de tierra que había sido posesión de su marido por herencia. Booz señaló al Goel que, debido a su estrecho vínculo familiar, gozaba de un derecho de redención prioritario. ¿Aceptaría ejercer ese derecho? De lo contrario, Booz redimiría él mismo la herencia. «Luego dijo al pariente: Noemí, que ha vuelto del campo de Moab, vende una parte de las tierras que tuvo nuestro hermano Elimelec. Y yo decidí hacértelo saber, y decirte que la compres en presencia de los que están aquí sentados, y de los ancianos de mi pueblo. Si tú quieres redimir, redime; y si no quieres redimir, me lo declaras para que yo lo sepa; porque no hay otro que redima sino tú, y yo después de ti» (Rut 4:3-4).

El pariente más cercano, el que podía redimirla, estaba dispuesto a ejercer su derecho legal y adquirir la propiedad. Al hacerlo, aumentaría su propio patrimonio.

En definitiva, la propuesta le parecía un buen negocio. «Y él dijo: «Yo redimiré» (Rut 4:4). Pero, al parecer, desconocía que la transferencia de la parcela de tierra a su nombre implicaba que también se casara con Rut la moabita, viuda de Mahlón, hijo de Elimelec. «Entonces replicó Booz: El mismo día que compres las tierras de mano de Noemí, debes tomar también a Rut la moabita, mujer del difunto, para que restaures el nombre del muerto sobre su posesión» (Rut 4:5). Este matrimonio impuesto se ajustaba a las disposiciones de la Ley de Jehová (Deut. 25:6), para que el apellido permaneciera vinculado a la finca familiar, incluso si el cabeza de familia fallecía sin heredero, como ocurrió con Elimelec y sus 2 hijos. Ahora bien, la voluntad de Jehová era que la herencia de cada familia del pueblo justo fuera perpetua (Lev. 25:23).

El pariente «más cercano», sin embargo, no estaba dispuesto a cumplir la segunda parte del acuerdo, es decir, tomar a Rut como esposa y mantener el nombre del difunto en la herencia. Inmediatamente se retractó de su decisión inicial. «Y respondió el pariente: No puedo redimir para mí, no sea que dañe mi heredad. Redime tú, usando de mi derecho, porque yo no podré redimir» (Rut 4:6). Con esta declaración ante los ancianos de Belén, quien poseía el derecho de redención prioritario renunció públicamente a él ante Booz, allanándole así el camino para llevar a cabo el generoso propósito que le animaba.

Booz había expuesto claramente la situación respectiva de las 2 viudas en lo que respecta a la herencia. Declaró (1) que Noemí, a ojos de la Ley, era la vendedora de la propiedad, aunque esta sin duda hubiera sido arrendada o hipotecada durante la hambruna a su actual ocupante. Tan pronto como el pariente más cercano hubiera redimido la herencia, Noemí recibiría su valor para su uso y disfrute inmediatos. También dijo (2) que Rut, al no ser hija de Elimélec, no tenía ningún derecho sobre la propiedad en virtud del "estatuto legal" específico aplicable a las hijas (Núm. 27:6-11). Pero, como viuda de Mahlón, ocupaba un lugar reconocido en la familia. Además, dado que su cuñada Orpa, esposa de Quelión, el hermano de su marido se había quedado en su país, Rut era la única de la que cabía esperar, mediante un matrimonio adecuado, un heredero para la herencia de Elimelec. Estos 2 hechos resultarán importantes al examinar el aspecto típico del relato (vean la sección G).

El pariente «más cercano» se había negado a casarse con Rut, "por miedo", decía, "a arruinar su propia heredad". Pensaba que, al casarse con la moabita, arrojaría sobre su familia el estigma de una «extranjera». Además, recurriría a su propia herencia para redimir la de otro, y, por lo tanto, la «arruinaría». Así pues, sugirió a Booz que asumiera él mismo el papel de pariente redentor (Goel). De hecho, la Ley en Israel

había demostrado su impotencia para redimir al pobre y al extranjero, y se abstuvo para que la gracia y la verdad, encarnadas por Booz, pudieran obrar en pro de la salvación de Noemí y Rut.

Esta negativa verbal del "Goel" a redimir la herencia se confirmó públicamente y se atestiguó legalmente, según la antigua costumbre, mediante la entrega a Booz de una de sus sandalias. Este gesto significaba que cedía a Booz la totalidad de la herencia, hasta en el más mínimo detalle, hasta la anchura de un pie. La anchura de un pie representaba la superficie mínima de tierra que un hombre podía poseer en herencia (vean Deut. 2:5; Hec. 7:5). Además, recibir la sandalia constituía una garantía de que se recibiría la herencia completa a su debido tiempo. «Había ya desde hacía tiempo esta costumbre en Israel tocante a la redención y al contrato, que para la confirmación de cualquier negocio, el uno se quitaba el zapato y lo daba a su compañero; y esto servía de testimonio en Israel. Entonces el pariente dijo a Booz: Tómalo tú. Y se quitó el zapato» (Rut 4:7-8).

Puesto que el "Goel", titular del derecho legal de redención, había renunciado a la compra propuesta y había cedido formalmente sus derechos a Booz –quien nunca había ocultado su voluntad de defender la causa de Noemí y Rut– todo quedaba en sus manos. Ninguna de las 2 mujeres asistió a la ceremonia. Estaban convencidas de que Dios les había proporcionado, en la persona de Booz, un redentor (Goel). Ambas, al igual que Booz, confiaban en Jehová, quien «hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia» (Sal. 103:6). Actuando con temor a Jehová y como su siervo, Booz redimió entonces la herencia y se casó con Rut, pues ambos actos eran inseparables en el contexto de esta doble redención.

10.3 - Booz se convierte en el redentor de Noemí y Rut

Así, Booz adquirió todos los bienes que habían pertenecido a Elimelec y a sus 2 hijos, y tomó a Rut por esposa para que la herencia no se perdiera y el nombre del difunto no desapareciera de su familia y de su tribu. Aquel día, Booz anunció este favor a los ancianos y al pueblo reunidos a la puerta de la ciudad. «Y Booz dijo a los ancianos y a todo el pueblo: Vosotros sois testigos hoy, de que he adquirido de mano de Noemí todo lo que fue de Elimelec, y todo lo que fue de Quelión y de Mahlón. Y que también tomo por mi mujer a Rut la moabita, mujer de Mahlón, para restaurar el nombre del difunto sobre su heredad, para que el nombre del muerto no se borre de entre sus hermanos y de la puerta de su lugar. Vosotros sois testigos hoy» (Rut 4:9-10).

Como muestra el relato de los acontecimientos ocurridos en la puerta de Belén, la redención fue doble: **(1)** la adquisición a Noemí de todos los bienes de su marido y de sus 2 hijos, los 3 fallecidos en la tierra de Moab, y **(2)** la redención de Rut la moabita, mujer de Mahlón, para que se convirtiera en su esposa. Así, las 2 viudas se beneficiaron de esta transacción: **(a)** Noemí recibió de Booz el valor de la herencia para cubrir sus necesidades; aquella que dependía de lo que Rut recogía en los campos de cebada era ahora relativamente rica y sus bienes habían aumentado; mientras que **(b)** Rut, la extranjera, se convirtió en la esposa de Booz de Belén, el hombre poderoso y rico. Booz se había reconocido como hermano, en el sentido amplio de un vínculo de parentesco cercano con el difunto Elimelec (v. 3), y, por tanto, había aceptado y cumplido la obligación fraternal prevista por la Ley de Deuteronomio 25:5-10: casarse con Rut, la viuda, y engendrar descendencia para perpetuar el nombre y la herencia de Elimelec en la tribu de Judá y en la tierra de Israel.

Los ancianos y el pueblo, testigos del acto de Booz, no mostraron ni envidia ni celos, sino que expresaron sus felicitaciones y sus buenos deseos, deseando que la gracia de Jehová coronara este feliz acontecimiento. «Y dijeron todos los del pueblo que estaban a la puerta con los ancianos: Testigos somos. Jehová haga a la mujer que entra en tu casa como a Raquel y a Lea, las cuales edificaron la casa de Israel; y tú seas ilustre en Efrata, y seas de renombre en Belén. Y sea tu casa como la casa de Fares, el que Tamar dio a luz a Judá» (Rut 4:11-12).

La asamblea reunida a la puerta de la ciudad deseaba ardientemente que Jehová concediera su bendición **(1)** a Rut, **(2)** al propio Booz y **(3)** a su casa. Su deseo (1) se refería a la joven viuda sin hijos, para que a partir de entonces pudiera ser fértil como Raquel y Lea, cuyos hijos dieron origen a las 8 tribus principales de Israel. Raquel, la amada esposa de Jacob y madre de José y Benjamín, murió al dar a luz y fue enterrada cerca de «Efrata, la cual es Belén» (Gén. 35:19). Quizá por esta razón los habitantes de Belén mencionaron su nombre antes que el de su hermana mayor, Lea.

También deseaban (2) para Booz que este, que ya era un hombre próspero, pudiera, gracias a la herencia redimida, adquirir aún más poder y labrarse un nombre aún más ilustre en Belén. Esta ferviente oración fue escuchada de manera gloriosa y suprema, pues, mediante este matrimonio, Booz se convirtió en el antepasado del Mesías de Israel, que nació a su debido tiempo en Belén, una pequeña ciudad, sin duda, «entre las familias de Judá» (Miq. 5:2).

Además, su deseo (3) era que la casa o la familia de Booz fuera numerosa e influyente

en la tribu de Judá, a semejanza de la casa de Fares. Fares era el segundo hijo de Judá y hermano gemelo de Zera. Estos 2 hijos y sus familias aparecen mencionados en el censo de los hijos de Israel realizado en las llanuras de Moab, cerca de Jericó (Núm. 26:20-21). Fares era un antepasado de Booz (Rut 4:18-21), y Jasobeam, uno de sus descendientes, era «jefe de todos los capitanes de las compañías del primer mes», al mando de 24.000 hombres seleccionados para servir en la corte del rey David durante el mes de Nisán (1 Crón. 27:2-3).

No podemos sino admirar la ausencia de envidia y toda la benevolencia que animaban a los habitantes de Belén cuando se enteraron de que Rut, la joven moabita, iba a convertirse en la esposa de Booz, su antiguo y respetado vecino. La Ley decía: «No entrará amonita ni moabita en la congregación de Jehová, ni hasta la décima generación de ellos; no entrarán en la congregación de Jehová para siempre... No procurarás la paz de ellos ni su bien en todos los días para siempre» (Deut. 23:3-6).

Pero todos los ancianos y el pueblo, reunidos a la puerta de la ciudad, superaron los rigores de la Ley del Sinaí y, durante su bendición nupcial, expresaron su deseo de paz y prosperidad para la nueva familia, nombrando primero a la pobre moabita, y luego a la rica betlehemita. Aquello era, en verdad, un atisbo de aquella Luz verdadera que, al venir al mundo, iluminaría a todo hombre, israelita o no (Juan 1:9). Las palabras de los betlehemitas tenían un significado más profundo de lo que imaginaban, pues encubrían una profecía latente sobre «Jesús, llamado Cristo». Su genealogía, que se remonta a Abraham, aparece al principio del Nuevo Testamento a lo largo de 42 generaciones, y la décima es: «Booz engendró a Obed de Rut» (Mat. 1:1-17). Así es como el nombre de Rut figura en el primer Evangelio, pues, por la fe, abandonó los ídolos de Moab y buscó refugio en Belén, donde el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, Jehová de Israel, era conocido y adorado.

11 - Gozo para Noemí y fama para Booz (Rut 4:13-22)

El final del breve relato del libro de Rut narra el gozo que se apoderó de Belén con motivo de la boda de Booz, el redentor, y de Rut. La bendición de Jehová sobre esta singular unión se manifestó con el nacimiento de un hijo para el marido de más edad y la viuda estéril. Las mujeres de la ciudad, unidas en una piadosa solidaridad, alabaron al Dios de Israel, que había suscitado un heredero para la herencia que durante tanto tiempo había permanecido inactiva, pero que ahora había sido redimida. Al nacer Obed, el corazón de Noemí, antes tan triste, se llenó de gozo, y Booz

adquirió la fama de ser el antepasado de la descendencia prometida de Abraham y del Hijo y Señor de David.

11.1 - El heredero nacido para Noemí

Noemí, viuda de Elimélec, al ser la "vendedora", tenía un interés primordial en la redención de la herencia de su marido en Belén, tal y como Booz reconoció públicamente durante la negociación de su adquisición (4:5). Una vez completada la transferencia de la propiedad a Booz, Noemí anhelaba fervientemente que naciera un heredero de Booz y Rut, para que así se perpetuara el nombre de su marido en su tribu y se alcanzara el objetivo principal de la redención (para comprender la inquietud de las esposas y madres de Israel al respecto, vean las palabras de la viuda de Tecoa, 2 Sam. 14:5-7). El deseo de Noemí de tener un heredero se cumplió, y su fe en Jehová fue recompensada con el nacimiento de un nieto. «Booz, pues, tomó a Rut, y ella fue su mujer; y se llegó a ella, y Jehová le dio que concibiese y diese a luz un hijo» (Rut 4:13).

Las mujeres del vecindario también reconocieron la notable obra de Jehová en este asunto y, con piedad y discernimiento, expresaron su simpatía y alegría a la vieja Noemí, más que a la propia Rut. «Y las mujeres decían a Noemí: Loado sea Jehová, que hizo que no te faltase hoy pariente, cuyo nombre será celebrado en Israel; el cual será restaurador de tu alma, y sustentará tu vejez; pues tu nuera, que te ama, lo ha dado a luz; y ella es de más valor para ti que siete hijos» (Rut 4:14-15).

Evidentemente, estas mujeres no eran ni ociosas, ni curiosas, ni chismosas, sino matronas piadosas y reflexivas, temerosas de Dios. Comprendían que Jehová tenía un designio particular, vinculado a aquel matrimonio y a aquel nacimiento excepcionales. Sin duda recordaban el notable caso de Abraham y Sara, a quienes se les había concedido milagrosamente a Isaac, el hijo prometido por Jehová y destinado a bendecir a todas las naciones de la tierra. Quizás también recordaban a Amram y a Jocabed y a su hijo Moisés; y también a Manoa y a su mujer y a su hijo Sansón. ¡Qué bendición fueron esos hijos para sus padres! ¡Qué honor recibieron después esos padres a través de sus hijos, cuyos nombres se hicieron famosos en Israel, pues Dios los había suscitado y elegido desde su nacimiento para su servicio especial! En cualquier caso, consciente o inconscientemente, esas mujeres felicitaron a Noemí inspirándose en las obras pasadas de Jehová hacia los padres de Israel. Le dijeron a Noemí que, en aquel niño, Jehová le había dado el redentor que hasta entonces le había faltado, y que así había asegurado su herencia, no solo para el presente, sino

también para el futuro.

Además, las mujeres parecían recordar las quejas de Noemí a su regreso de Moab a Belén (comp. con 1:20-21); entonces había dicho que se había marchado llena (con un marido y 2 hijos) y que había vuelto vacía (sin marido ni hijos). Pero Jehová, a quien ella había culpado, había tenido en cuenta su "situación de necesidad" y la había tratado no con amargura, sino con generosidad. Rut, la esposa del rico Booz, se había convertido ahora en madre, y en el recién nacido, Noemí veía al Redentor de la herencia de su marido para los años venideros. El nieto sería quien "restableciera su vida". En él, los bienes familiares en peligro recuperaban una esperanza viva. El hijo de Rut había aportado consuelo a la vejez de Noemí.

Además, las mujeres le recordaron a Noemí el gran tesoro que poseía en la madre del niño. En Rut, había encontrado "el consuelo del amor" en la soledad de su triple duelo. Rut la había amado cuando era Noemí, la dulce, y la había amado y se había aferrado aún más a ella cuando era Mara, la viuda amargada. ¿Seguía Noemí llorando la pérdida de sus 2 hijos en Moab? Pero, dijeron ellas, la propia Rut «es de más valor más para ti que siete hijos». ¿Acaso no te ha dado un nieto, el hijo de Booz? Ser madre de 7 hijos o más se consideraba un gran honor en la vida familiar (vean Gén. 46:25; 1 Sam. 1:8; 2 Sam. 2:5; Job 1:2; 42:13; 1 Crón. 3:24; Jer. 15:9). Así, los sabios de Belén exhortaron a Noemí a regocijarse en Jehová y a exultar. El tiempo de luto había pasado, y había nacido en el mundo «un varón», cuyo nombre sería famoso entre la descendencia de Abraham.

11.2 - La abuela materna

Los sentimientos maternales de Noemí, reprimidos durante tanto tiempo, se despertaron hacia el hijo de Rut. Mostró un gran interés por el bebé y estaba dispuesta a dedicar su energía y su experiencia a su educación según los preceptos de Jehová, tal y como parece haber hecho la «abuela Loida» con Timoteo (2 Tim. 1:5). «Y tomando Noemí el hijo, lo puso en su regazo, y fue su aya» (Rut 4:16). El término «aya» o "madre adoptiva" se emplea en sentido general para referirse a aquella que "instruye" y "protege". Moisés, dirigiéndose a Jehová, lo utiliza para describir su papel como líder de Israel en el desierto: «Para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra…» (Núm. 11:12; vean también Is. 49:23).

El interés de las mujeres del vecindario era tan evidente que, al igual que más tarde las vecinas de Elisabet (Lucas 1:58-59), se dispusieron a elegir un nombre para el

niño, al que consideraban como el de Noemí debido a su vínculo con la recuperación de la herencia que estaba a su nombre. «Y le dieron nombre las vecinas, diciendo: Le ha nacido un hijo a Noemí; y lo llamaron Obed. Este es padre de Isaí, padre de David» (Rut 4:17). La elección del nombre por parte de las vecinas fue aceptada por Noemí y por los padres del niño, y lo llamaron Obed. Tanto la adoración como el servicio a Dios parecen estar encarnados en el significado de este nombre, y estas 2 cualidades resumen la actitud que se requiere del hombre hacia Dios.

Nuestro Señor se refirió a esta combinación esencial cuando resistió las tentaciones de Satanás en el desierto. Citando Deuteronomio 6:13, le dijo al diablo: «Porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (Mat. 4:10). El Señor Jesús había tomado «la forma de esclavo» y, como tal, glorificó plenamente a Dios; pues era el Siervo amado de Jehová, de quien los profetas de Israel dieron abundante testimonio.

Obed (siervo), hijo del rico Booz, por su nombre y quizá también por su vida piadosa, obediente y dedicada, dio testimonio discretamente, no solo de su futuro nieto David, quien «después de servir en su propia generación a la voluntad de Dios» (Hec. 13:36), sino también del Hijo de David y Señor de David, cuyo servicio a Dios no tiene parangón. El relato bíblico muestra que, entre su descendencia, el nombre de Obed se hizo famoso en Israel. Pues, aparte de esta breve mención en el libro de Rut, su nombre no aparece en ningún otro lugar que en 1 Crónicas 2:12, como abuelo de David, y en Mateo 1:5 y Lucas 3:32 como antepasado del Mesías de Israel. ¡Pero qué honor tan insigne para el hijo de una moabita esta asociación con el Ungido de Jehová en su genealogía!

11.3 - Apéndice genealógico

El breve relato de este libro muestra cómo, por la gracia de Dios, Rut la moabita se naturalizó en Belén de Judá, en la tierra de Israel. El relato termina con la afirmación de que Obed, hijo de Booz y de Rut, «este es padre de Isaí, padre de David», frase breve que expresa lo esencial del relato. Pero se añade una genealogía más completa, que remonta el linaje de David hasta Fares, hijo de Judá. «Estas son las generaciones de Fares: Fares engendró a Hezrón, Hezrón engendró a Ram, y Ram engendró a Aminadab, Aminadab engendró a Naasón, y Naasón engendró a Salmón, Salmón engendró a Booz, y Booz engendró a Obed, Obed engendró a Isaí, e Isaí engendró a David» (Rut 4:18-22).

Este cuadro genealógico, sin comentarios, es importante porque constituye una prueba evidente de que David descendía de la tribu de Judá, tribu a la que pertenecían el cetro y el legislador en Israel, de acuerdo con la promesa y la profecía inspiradas de Jacob en su lecho de muerte (Gén. 49). La prueba que aporta esta breve lista de nombres basta por sí sola para invalidar cualquier pretensión al trono, ya sea por parte de la tribu de Efraín o de la de Benjamín. De este modo, vincula el libro de Rut con los relatos del rey Saúl de Gabaa (Benjamín) y del rey David de Belén (Judá), narrados en los Libros de Samuel. El período que abarca el cuadro se extiende desde el llamado de los israelitas para salir de Egipto y convertirse en el pueblo y la nación de Jehová hasta el momento en que Jehová suscitó a David para que reinara sobre ellos como rey.

La lista comprende 10 generaciones, que pueden dividirse en 2 grupos de 5. Los 5 primeros nombres –desde Fares hasta Naasón– están relacionados principalmente con Israel en Egipto y en el desierto. La segunda genealogía –desde Salmón hasta David– recorre la presencia de Israel en la tierra hasta el establecimiento de la monarquía bajo el rey elegido por Dios. Este árbol genealógico ilustra el linaje monárquico constitucional prometido a la nación. Los nombres que figuran en él no siempre son los de los primogénitos. El propio David, por ejemplo, era el séptimo hijo de Isaí (1 Crón. 2:15). La descendencia de Fares debía extinguirse con el Mesías y, por lo tanto, permanecía constantemente bajo la tutela de Jehová. El nombre de Elimelec no aparece en la lista, sino el de Booz, hijo de Salmón. Esta elección da testimonio del valor religioso que se concedía al matrimonio de Rut y a la redención de la herencia, de lo cual los felices esposos quizá no sabían nada.

Cabe señalar algunos elementos históricos relacionados con los nombres de esta lista. ***Fares***, hijo de Judá y de Tamar, siempre se menciona antes que su hermano gemelo Zerac, lo que le confería el derecho de primogenitura. La familia de Fares (Núm. 26:20) ocupaba el rango más elevado de la tribu de Judá bajo el reinado de David (1 Crón. 27:3) y parece haberse distinguido por su fecundidad y virilidad. Este rápido crecimiento explica la alusión a «la casa de Fares» con motivo de la boda de Booz (4:12). La lista del libro de Rut comienza por Fares, y no por su padre Judá, fallecido antes del Éxodo, que marcó el inicio de la vida nacional de los hijos de Israel. ***Hezrón*** fue el primogénito hijo de Farez. A ***Ram*** se le llama a veces Aram (Mat. 1:3). ***Amminadab*** era el padre de Eliseba, que se convirtió en la esposa de Aarón, hermano de Moisés y primer Sumo Sacerdote hereditario de Israel (Éx. 6:23). ***Naasón*** era cuñado de Aarón (Éx. 6:23) y príncipe o jefe de la tribu de Judá (Núm. 1:7; 2:3; 1 Crón. 2:10). ***Salmón*** (Salma), hijo de Naasón, se casó con Rahab, la

prostituta, y fue el padre de ***Booz*** (Mat. 1:5). Salmón fue probablemente uno de los 2 hombres que Josué envió en secreto a Jericó y sus alrededores, y que se alojaron en casa de Rahab (Josué 2). Ya se ha mencionado a ***Obed***. ***Isaí***, de Belén (1 Sam. 16:1, 18; 17:58), tuvo 8 hijos (1 Sam. 16:10-11; 17:12). Se le describe como «aquel hombre efrateo de Belén de Judá» y «en el tiempo de Saúl este hombre era viejo y de gran edad entre los hombres» (1 Sam. 17:12). Era un hombre rico, pero su mayor mérito para la nación parece haber sido ser el padre de ***David***, su hijo menor, quien ascendió al trono de Israel tras haber sido elegido por Jehová para gobernar a su pueblo.

12 - Visión general típica del restablecimiento definitivo de Israel

El breve y sencillo relato del libro de Rut encierra numerosas y valiosas enseñanzas sobre la virtud moral, indisolublemente ligada al temor de Dios en el corazón, y así ha sido desde siempre. Estas enriquecedoras lecciones, presentes en la superficie del relato, ofrecen un alimento espiritual abundante y accesible para quien las estudia con diligencia.

Pero, además del valor didáctico de esta historia –auténtica lección de piedad para todos los tiempos– también encontramos en ella pruebas de su valor profético: una visión de una fase concreta de la historia nacional de los hijos de Israel, pueblo elegido de Jehová, durante el período de su futuro restablecimiento.

La lista de nombres, desde Fares hasta David, al final del libro, sugiere que este relato encierra un significado más profundo que el mero interés y la enseñanza de un episodio familiar. Este periodo (Rut 4:18-22) narra el ascenso de la nación, desde la miseria de la esclavitud en Egipto hasta la gloria y las riquezas de fama mundial en Canaán, bajo el reinado de David. El libro de Rut no hace mención alguna a la fama universal del reino davídico; en él solo aparece su nombre, y no su título. De hecho, en las prefiguraciones divinas de las Escrituras, a menudo se anuncian principios, más que la imagen precisa de los acontecimientos futuros, con todo detalle y en orden cronológico. Así, aunque no parezca haber ninguna referencia directa al establecimiento del reino milenario, poderoso y glorioso, sí se encuentran indicios sobre las características morales de la nación en el momento de su redención final y de la plena posesión de su herencia, estando este punto culminante vinculado al

nombre de David en numerosas profecías célebres.

Estas analogías históricas son muy instructivas. A la luz de las Escrituras proféticas, los acontecimientos personales relatados en este libro ilustran, a menor escala, **(1)** el declive espiritual y el alejamiento moral de la nación respecto a Jehová, y **(2)** su restablecimiento definitivo en el favor y la bendición divinos gracias a la intervención de un Redentor (Goel). Estas grandes características proféticas, relacionadas principalmente con la apostasía y el levantamiento final de la nación elegida, se reflejan en los 4 de los pocos personajes citados por su nombre, a saber, Elimelec, Noemí, Rut y Booz.

12.1 - Los 4 personajes principales

En la historia familiar de esta familia de Belén, destacan especialmente 4 nombres: (1) ***Elimelec***; (2) ***Noemí***; (3) ***Rut***; (4) ***Booz***. Cada uno de ellos estaba estrechamente vinculado a la herencia familiar, amenazada de confiscación hasta su redención por parte de Booz, el pariente redentor (Goel). Los acontecimientos relatados sobre estas personas presentan similitudes sorprendentes con ciertas características destacadas de la historia nacional en su conjunto. El pueblo elegido y su herencia han atravesado y atravesarán fases similares de declive y renacimiento hasta el día en que aparezca su Goel y su herencia quede asegurada para siempre mediante su redención. Poco después de su asentamiento en la Tierra Prometida bajo el mando de Josué, Israel, por falta de fe, a diferencia de su padre Abraham, se alejó de la posición privilegiada y del testimonio únicos que la gracia de Jehová le había conferido; y, en consecuencia, la nación perdió la herencia que, por la promesa, le correspondía para siempre. Finalmente, la herencia de los hijos de Jacob será restablecida, pero solo cuando el pueblo de Israel, fiel a su fe, regrese a su tierra natal y se reencuentre con su Redentor, el Mesías, a quien en su día despreció, rechazó y crucificó por culpa propia, pero que, como Siervo exaltado de Jehová, espera concederle su gracia.

(1) ***Elimelec***, al abandonar Belén de Judá para buscar el sustento en la tierra idólatra de Moab, representa a la nación de Israel que, desde la época de los Jueces, ha manifestado su "corazón malvado e incrédulo al apartarse del Dios vivo" y sirviendo a los dioses falsos de otras naciones. A cambio de una ventaja temporal, Elimelec, despreciando su derecho de primogenitura, abandonó la herencia asignada por sorteo a su familia por el sacerdote Eleazar y por Josué, jefe de los ejércitos victoriosos de Jehová (Josué 19:51). Al dar así la espalda a la tierra de Israel, renunciaba al culto al de Jehová en su tabernáculo de Silo. En definitiva, el acto de Elimelec fue una

negación manifiesta de su confianza en la fidelidad del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, mientras la hambruna y las tribulaciones se abatían sobre su pueblo.

Este acto de infidelidad religiosa y decadencia por parte de Elimelec y su familia simbolizaba el fracaso más general y flagrante del pueblo elegido de Jehová a la hora de adorar y servir únicamente a Él y, cualquiera que fuera el precio, evitar todo contacto con las naciones idólatras que les rodeaban. Desde el comienzo de su historia, los hijos de Israel hicieron caso omiso de las advertencias divinas y se mezclaron en repetidas ocasiones con otros pueblos para obtener beneficios materiales. En tiempos de hambruna, se olvidaron de Aquel que, en el árido desierto, «les sació de pan del cielo» (Sal. 105:40). «Aborrecieron la tierra deseable» incluso antes de llegar a ella (Sal. 106:24). Olvidando la «Roca espiritual que los seguía» en el desierto (1 Cor. 10:4), su incredulidad irritó a Jehová en las aguas de la discordia (Sal. 106:32). De hecho, 1.000 años más tarde, la acusación de Jehová contra la nación fue la siguiente: «Mi pueblo... me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua» (Jer. 2:13). ¿Qué provecho sacó Elimélec, el infiel, de la tierra de Moab? Y Jehová dijo del Israel apóstata en esa misma profecía: «Mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha» (Jer. 2:11).

(2) *Noemí*, por su condición de viuda, sin hijos y pobre, representa a la nación de Israel en la sucesión de desolaciones, aflicciones y múltiples enfermedades que la han azotado porque ha abandonado obstinadamente a Dios, su Salvador, y ha desobedecido sus santas leyes y estatutos. En la tierra de Moab, Noemí, la dulce, se ha convertido, a sus propios ojos, en Mara, la amarga; su "carbón se había apagado"; su apellido estaba "a punto de desaparecer". Se había visto privada de toda esperanza terrenal.

¡Qué sorprendente parecido hay entre la nación de Israel, desarraigada en tierra extranjera, y la viuda Noemí, sola y aislada en la tierra de Moab! La figura de la viudez, es decir, la pérdida de la protección divina y del apoyo de Dios, es utilizada por el Espíritu Santo en las profecías para describir la angustia religiosa y moral del pueblo de Israel, consecuencia de su asociación pública con los dioses falsos de las naciones. Así, a través de uno de los primeros profetas, Jehová rompió todo vínculo con su pueblo a causa de su infidelidad, declarando: «Ella no es mi mujer, ni yo soy su marido» (Oseas 2:2). Jeremías, al describir la desolación de Jerusalén cuando Jehová permitió su destrucción a manos de los caldeos, comienza su lamento exclamando: «¡Cómo ha quedado sola la ciudad populosa! La grande entre las naciones se ha vuelto como viuda» (Lam. 1:1).

La miseria espiritual que pesará sobre la nación durante «muchos días» a causa de su infidelidad hacia Jehová es claramente anunciada por Oseas; pues dice: «Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines» (Oseas 3:4). Del mismo modo, en lenguaje profético, se declara que el pueblo «viudo» está «abandonado» y su tierra «desolada» (Is. 62:4). Pero la liberación completa de la nación de este estado de Noemí llegará finalmente, y se cumplirá la antigua promesa de redención: «Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado. Porque como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamó Jehová, y como a la esposa de la juventud que es repudiada, dijo el Dios tuyo» (Is. 54:5-6; 49:14). Al igual que con Noemí, lo mismo ocurrirá con la hija arrepentida de Sion: Jehová le dará belleza en lugar de ceniza, aceite de gozo en lugar de luto, un manto de alabanza en lugar de un espíritu abatido (Is. 61:3). Y se cumplirán las palabras proféticas del salmista: «Él hace habitar en familia a la estéril, que se goza en ser madre de hijos. Aleluya» (Sal. 113:9).

(3) *Rut*, por su condición de viuda, sin hijos y pobre, representa, al igual que Noemí, el estado de angustia y abandono del pueblo de Israel, consecuencia de su incorregible infidelidad. Pero, a pesar de un parecido sorprendente en cuanto a su condición de viudas, existe un contraste evidente entre ambas mujeres. A diferencia de Noemí, Rut era una moabita extranjera, y no una israelita de nacimiento como su suegra. Por eso muchos han supuesto, un poco precipitadamente, que la notable historia de Rut no podía contener ninguna alusión deliberada al pueblo de Israel. ¿Cómo se puede esperar, se preguntan, que la misericordia divina hacia una viuda no judía prefigure la misericordia divina hacia Israel, el pueblo elegido?

Sin embargo, la verdad es que esta misma dificultad, relacionada con la nacionalidad extranjera de Rut, nos ofrece la clave para comprender correctamente el alcance profético de esta historia. Rut no representa a Israel como la nación distinguida y elevada por encima de todas las demás por la elección, la llamada y la redención de Jehová, sino a Israel como la nación que ha caído de esa posición de eminencia a causa de su apostasía religiosa y social, una degradación que se hizo manifiesta a los ojos del mundo entero ya desde los cautiverios asirio y caldeo. En esta etapa de su historia nacional, Israel, por el castigo divino, perdió su primacía política entre las naciones de la tierra. Se rebajó al nivel de las naciones paganas y es considerada como tal bajo el actual gobierno de Dios sobre el mundo. De hecho, la primera nación entre los pueblos de la tierra se ha convertido en la última y la más humilde.

Aquí, Rut, la pagana, más que Noemí, la israelita, representa más acertadamente

al pueblo elegido. En su condición degradada, se perfila el parecido entre la joven moabita y la nación, y su recorrido desde Moab hasta Belén, y luego hasta la casa de Booz, esboza de forma difusa pero perceptible la recuperación final de Israel, arrancado de su estado cuasi pagano actual, y su toma definitiva de posesión de la herencia por medio de Jehová de los ejércitos, el Redentor (Goel) de su pueblo.

Esta decadencia de Israel, que se aleja de Jehová por su iniquidad persistente y luego pierde esa cercanía bajo el juicio de Jehová, queda claramente indicada en las Escrituras. La integración del pueblo entre la masa de los paganos es, por ejemplo, predicha por Oseas en un pasaje muy conocido. Debido a su incesante rebelión contra Jehová, este se distanció de ellos y les dio el nombre de «Lo-Ammi», que significa: «No sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios» (Oseas 1:9). Desde su liberación de Egipto hasta su cautiverio bajo dominio pagano, los hijos de Israel habían sido su pueblo elegido, pero él ya no los consideraba como tales. Jehová les ocultó su rostro benévolo y les retiró su protección. Fueron rechazados de nuevo al mar de las naciones de donde él los había sacado.

Esta imagen de Israel como nación rechazada tras la pérdida de su relación religiosa con Jehová es tan acertada que, cuando Dios ordenó a un profeta posterior, Jeremías, que llevara la copa de su ira a todas las naciones paganas, Judá figuraba a la cabeza de la lista. De hecho, por su infidelidad y su pecado, había perdido el favor especial de Dios y, en su justo gobierno de la tierra, fue tratada como un pueblo que no lo conocía (Jer. 25:15-18). En la época de Daniel, había comenzado el «tiempo de las naciones» (Lucas 21:24) y gobernantes paganos reinaban en Jerusalén, donde antaño había reinado la casa de David.

Este abandono judicial del pueblo elegido por su Dios se hizo aún más evidente en la tierra después de que rechazaran deliberadamente y crucificaran a su Mesías, negándose a reconocerlo como el Siervo y el Rey prometidos por Jehová en la tierra, y como el Cristo resucitado y glorificado en los cielos. Así, las ramas naturales del olivo de la promesa fueron cortadas (Rom. 11). Habían golpeado «con una vara herirán en la mejilla al Juez de Israel» por eso, está escrito, «él los dejará...» (Miq. 5:1-3). Este destierro divino que azota a la nación, iniciado en el Antiguo Testamento y confirmado en el Nuevo, perdura. El pueblo terrenal de Dios sigue desheredado y aún vaga entre los paganos, sin estatus nacional ni político en la tierra, y sin culto reconocido en el cielo. [3]

[3] NdT: Este texto fue escrito antes de 1948. El 14 de mayo de 1948 fue creado el actual Estado de Israel.

Rut, en Moab, representa, pues, esta situación religiosa y política anómala en la que ha caído la nación de Israel –situación que perdurará hasta que el resto arrepentido del pueblo disperso regrese con fe a su tierra natal y, animado por la misma fe, se comprometa a servir con benevolencia a su Redentor (Goel). Además, Rut en Belén de Judá, más aún que Noemí, representa en particular al Remanente piadoso de los judíos, que, a su debido tiempo, será el primero en buscar la presencia de su Redentor (Goel), rechazado durante tanto tiempo; serán «comprados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero» (vean Apoc. 14:1-5). Por otra parte, Rut se corresponde en gran medida con el término figurado Ruhama (que significa "la que ha obtenido misericordia"), empleado por el profeta Oseas para designar al Remanente restaurado de Israel que volverá a ser el pueblo de Jehová (Ammi); (vean Oseas 1:6-9; 2:1, 23).

(4) ***Booz***, el pariente redentor de Belén, la ciudad de David es sin duda una figura emblemática del Señor Jesucristo, el Redentor (Goel) del pueblo terrenal de Jehová, Israel. En las Escrituras, la redención conlleva varios aspectos. Puede ser, y a menudo lo es, llevada a cabo mediante la sangre, pero el sacrificio ni siquiera se menciona en el libro de Rut. También puede consistir en aniquilar al enemigo que mantiene a otros en esclavitud, pero este aspecto tampoco está presente en el relato. Asimismo, puede ser la liberación obtenida mediante el pago de la deuda por parte del Goel, como ocurrió aquí. Booz ejerció su "derecho de redención" al adquirir la herencia y completó su generosidad al casarse con Rut, la viuda pagana que había profesado la fe de Abraham. La nación de Israel fue redimida de Egipto tanto mediante compra como por poder (Éx. 15:6, 13, 16). Como su Goel, Jehová los liberó de la esclavitud con su «brazo extendido y con juicios grandes» (Éx. 6:6). Y cuando, siglos más tarde, la nación fue llevada al cautiverio, primero por Asiria y luego por Caldea, Jehová les dirigió en repetidas ocasiones promesas de liberación mediante la redención, llamándose a sí mismo «Jehová, tu Redentor (Goel)», y añadiendo otros títulos como «el Santo de Israel» (Is. 41:14; 43:14; 44:6, 24; 47:4; 48:17; 49:7, 26; 54:5, 8; 60:16). En estas y otras profecías, Jehová recuerda a su pueblo terrenal que solo Él posee el «derecho de redención». En el momento señalado, él redimirá para siempre, por medio de su Siervo exaltado (Is. 52:13-15), a la nación de su esclavitud bajo la supremacía de los paganos, y la traerá de vuelta a «la montaña» de su heredad, donde él ha establecido su propia morada y donde la «plantó» en un principio (Éx. 15:17).

El relato cuenta que Booz, el redentor, se preocupaba por la herencia de Noemí por 2 razones: **(1)** adquirirla para liberarla de toda carga, y **(2)** casarse con Rut, la viuda, para asegurar su continuidad en la familia mediante una descendencia legítima hasta el apogeo del reino davídico.

Con estas 2 acciones, Booz prefiguraba de manera sutil a Cristo Jesús y su obra de redención en favor del pueblo de Israel, mediante la cual Él **(1)** les devolverá la tierra que Jehová les ha dado como herencia perpetua (Deut. 4:21; Sal. 105:11), y **(2)** asegurará una descendencia de herederos permanentes para ese reino terrenal, cumpliendo así la promesa de Jehová: «Sacaré descendencia de Jacob, y de Judá heredero de mis montes» (Is. 65:9; 54:1; 66:8). Entonces, el propio Señor Jesús «reinará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:33). Y cuando, como «Señor Dios de Israel», «Porque visitó y redimió a su pueblo» (Lucas 1:68), se manifestará entonces en toda la tierra como el verdadero Booz, el Redentor (Goel) de Israel y de su heredad.

Cabe destacar otra característica del personaje de Booz: prefigura al Mesías en su exaltación más que en su humillación. En las Escrituras, los sufrimientos de Cristo se distinguen de la gloria que ha adquirido, la cual viene después de los sufrimientos (Lucas 24:26; 1 Pe. 1:11). Ahora bien, Booz, el Goel poderoso y rico, representa a Cristo, no en sus sufrimientos sustitutivos, sino en su poder en la resurrección y su gloria celestial; no en su muerte, sino en su vida tras la muerte.

En la figura de Booz, Cristo Jesús es el Renuevo, el Hijo del hombre, a quien Jehová ha fortalecido (Sal. 80:15, 17). Él es el Poderoso en quien Jehová ha puesto su socorro (Sal. 89:19). El Redentor (Goel) de Israel y de Judá es «Fuerte; «Jehová de los ejércitos es su nombre» (Jer. 50:34). Él es el «Fuerte de Jacob» (Is. 49:26; 60:16). Y cuando haya llegado «el año de mis redimidos», aparecerá «caminando en la grandeza de su fuerza», «poderoso para salvar». Entonces derrotará a los enemigos de su pueblo y hará que «derramaré en tierra su sangre [4]» (Is. 63:1, 4, 6). Así pues, la redención de la herencia terrenal de Israel tendrá lugar cuando –y no antes– su Goel haya destruido a todos sus enemigos y sometido todas las cosas a sí mismo.

[4] NdT. Es decir, la sangre de sus enemigos.

Booz, sin embargo, redimió la herencia mediante compra, y no mediante poder destructivo. Su riqueza le permitió pagar la suma exigida para su recuperación. El precio pagado no se revela, pero su importe satisfacía ampliamente todas las exigencias legítimas del acreedor. Y, tal y como revela el Nuevo Testamento, fue gracias al va-

lor y la eficacia inconmensurables de su sacrificio que Jesucristo ha «hallado eterna redención» (Hebr. 9:12).

Pero otro aspecto elocuente de esta transacción es su carácter definitivo. Booz completó la redención de la herencia al casarse con Rut. También por este acto, Booz es una figura del Redentor de Israel (Goel); pues en las profecías, el matrimonio aparece como una imagen del restablecimiento definitivo por parte de Jehová de su pueblo terrenal en un estado de gozo y prosperidad perpetuas. La «afrenta de tu viudez» es quitada a la nación, y esta se regocija como una esposa junto a su Esposo, entonces conocido como «Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel» (Is. 54:4-5).

Al comparar, por ejemplo, Isaías 53 con Isaías 54, se observa que la futura confesión del Remanente de Israel de su terrible pecado de haber rechazado a su Mesías se anuncia en primer lugar; y que a esta profecía le sigue inmediatamente (cap. 54) otra que anuncia la acogida de la nación en el favor íntimo de Jehová. Durante largos siglos, Israel ha languidecido en el duelo de Noemí y Rut, pero a partir de ahora, ese dolor y esas privaciones deben cambiarse por los gozos del matrimonio con Jehová, su Redentor. «Te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel» (v. 4 y 5).

La beatitud de Sion en el día de su futura redención se describe a través de la impresionante figura del matrimonio en otra profecía de Isaías. Israel será pronto liberado de su estado de abandono y desolación. El Jehová-Mesías será entonces su Esposo, y ella será su esposa terrenal. Incluso la tierra de su herencia se unirá a él. El Espíritu de Cristo en el profeta dice: «Te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová nombrará… Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Desolada; sino que serás llamada Hefzi-bá (mi deleite en ella), y tu tierra, Beula; porque el amor de Jehová estará en ti, y tu tierra será desposada… Y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo» (Is. 62:2-5).

Con estas impactantes palabras, Isaías describe el contraste entre la condición de Israel abandonada (Noemí) y los gozos milenarios que el Redentor (Goel) compartirá con Sion y Jerusalén en la tierra de Emanuel (tal y como hizo Booz con Rut en Belén).

13 - Rut, vaso de la misericordia divina

«Oíd, amados hermanos míos: ¿No eligió Dios a los pobres según el mundo, para ser ricos en fe y herederos del reino que prometió a los que le aman?» (Sant. 2:5).

En el capítulo anterior, hemos mostrado que la breve historia de Rut ilustra a la perfección la futura restauración (redención) del pueblo judío, disperso y apóstata entre las naciones, para que pueda compartir las bendiciones y la gloria del reino milenario venidero, bajo el reinado de su Redentor (Goel).

Pero esta historia tiene un alcance a la vez individual y nacional, y nos resulta útil repasar cómo se manifestó la misericordia soberana de Dios al establecer y elevar a Rut, la extranjera moabita, a un lugar privilegiado en el seno de la «congregación de Israel». Su caso es un ejemplo llamativo, en el Antiguo Testamento, de la misericordia divina ejercida más allá de las fronteras de Israel, esa nación que Jehová ha escogido entre todas las demás para que fuera su pueblo elegido. Los frutos abundantes de su bondad se extendían más allá de los muros. El río de su misericordia se desbordaba de sus orillas. En este elocuente ejemplo, Jehová actuó según su derecho para manifestar su favor donde, cuando y como él quisiera, tal y como dijo: «Tendré misericordia de quien tendré misericordia» (Éx. 33:19; Rom. 9:15).

De acuerdo con su soberanía, Jehová tuvo, pues, misericordia de Rut la moabita, hija de un pueblo maldito, y la salvó de las ilusiones y los horrores de la idolatría para que pudiera integrarse legítima y agradablemente entre los adoradores de Él, el único Dios vivo y verdadero. Por eso, en aquellos tiempos oscuros de apostasía en los que «los jueces juzgaban» en Israel, Rut se erige como un instrumento resplandeciente de la misericordia infinita de Dios, elegida por él de entre las naciones. La moabita nos recuerda otro ejemplo notable, posterior, que se describía a sí mismo como el peor de los pecadores a quien se le concedió la misericordia (1 Tim. 1:15-16), y de quien el Señor dijo: «Es un instrumento escogido para llevar mi nombre» (Hec. 9:15). Así, tanto Rut de Moab como Saulo de Tarso eran «vasos de misericordia que él preparó para la gloria…» (Rom. 9:23-24). De hecho, todos los que creemos podemos decir, retomando las palabras del apóstol: «Nos salvó… según su misericordia» (Tito 3:5).

13.1 - Misericordia y gloria

En el designio de Dios para con el hombre, su misericordia precede a su gloria. Aquellos a quienes colma de su misericordia divina resplandecerán un día con su gloria. La misericordia sostiene primero al viajero débil y descarriado a través del desierto de un mundo pecador, y luego lo conduce hacia el esplendor de la gloria junto a Cristo, en la Casa celestial del Padre. Así, ante el trono de la gracia, donde recibimos misericordia en el momento de nuestra necesidad, siempre podemos levantar los ojos de la fe y regocijarnos en la esperanza segura de la gloria de Dios.

A menudo, en las Escrituras, el acto divino de misericordia suprema está teñido de una promesa de gloria venidera, que es su consecuencia asegurada. Este es, en particular, el caso del libro de Rut. La historia de la misericordia divina hacia la viuda moabita culmina con el nombre de David, de quien pronto brotaría la gloria del reino desde el monte Sion, anunciando el reino terrenal más resplandeciente del Hijo y Señor de David, que se extenderá hasta los confines de la tierra.

13.2 - Misericordia y gracia

Estos 2 términos bíblicos habituales están relacionados en su significado, pero son distintos en su uso y aplicación. Dios actúa con misericordia hacia los hombres, teniendo en cuenta sus necesidades y debilidades, su miseria y sus sufrimientos derivados de su presencia en un mundo malo. Conmovido de compasión, el buen samaritano mostró misericordia hacia el judío herido y desamparado (Lucas 10:37). La gracia, por su parte, es la acción del amor de Dios hacia los hombres malvados y rebeldes, como está escrito: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom. 5:20). La misericordia de Dios está presente a lo largo de toda la Escritura, pero su gracia se revela plenamente en el Nuevo Testamento, pues solo Jesucristo, «lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14, 17), podía manifestarla. En él se manifestó la gracia de Dios, trayendo la salvación a todos los hombres (Tito 2:11).

La gracia es, pues, para los culpables, y la misericordia para los desdichados. Esta distinción también se expresa así: "La ***gracia*** es esa energía y ese torrente de bondad divina que se eleva por encima del mal y la ruina de los hombres, y que ama a pesar de todo"; mientras que la ***misericordia*** es "la compasión de Dios ante la debilidad, la necesidad o el peligro de cada individuo".

Estas 2 palabras, gracia y misericordia, se asocian y se distinguen magníficamente

en una descripción inspirada de lo que nuestro Dios Salvador ha hecho por los creyentes cristianos. El apóstol Pablo escribe: «Porque en otro tiempo nosotros también éramos insensatos, desobedientes, extraviados... Pero cuando la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor hacia los hombres aparecieron, nos salvó... según su misericordia... para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos, según la esperanza de la vida eterna» (Tito 3:3-7).

13.3 - La necesidad de misericordia de Rut

¿Por qué motivo concreto necesitaba Rut la misericordia de Dios? Su conducta personal parece haber sido irreprochable. En ningún sitio se dice que se haya hecho culpable de inmoralidad manifiesta, a diferencia de tantas otras mujeres de su país en la época de Balac y Balaam (Núm. 25:1-5). Y dado que las Escrituras no señalan ninguna mancha en su conducta como mujer, podemos suponer que no había ninguna, pues el Espíritu de Dios no oculta ni excusa los pecados flagrantes de Abraham, Isaac y Jacob, de Moisés, de David y de Salomón, ni de otras figuras de la fe. Además, cabe señalar que Rut es una de las 4 mujeres que figuran en la genealogía masculina que une a Abraham con Jesús Cristo (Mat. 1:3, 5-6). Sus 3 compañeras, Tamar, Rahab y la mujer de Urías (Betsabé), eran todas mujeres de mala reputación. Sin embargo, las 4 aparecen mencionadas sin comentarios en el linaje del Mesías, resplandeciendo como estrellas de gloria en el firmamento de la misericordia de Jehová. Entre estas 4 mujeres, Rut, por su historia irreprochable, ofrece un contraste sorprendente.

¿Era, pues, Rut impecable a los ojos de Dios? ¿Era tan pura como para merecer el favor divino y convertirse en la esposa elegida de un piadoso príncipe de Judá? Por desgracia, no: pues «todos han pecado», ya estén «bajo la Ley» como los israelitas, o «sin Ley» como los moabitas y todos los demás paganos. Toda la humanidad tenía la misma necesidad de la misericordia divina.

Rut, en particular, quedaba descalificada por la Ley de Jehová, pues se veía afectada por la prohibición que pesaba específicamente sobre todo su pueblo. Pertenecía al linaje de Lot y llevaba el estigma del origen incestuoso de esa estirpe. Su nacimiento la excluía del culto a Jehová en Silo. Su matrimonio con Mahlón, el segundo hijo de Elimélec, no anuló ni atenuó esa inelegibilidad, pues, según la ordenanza de Moisés, ese matrimonio era ilegal. Las instrucciones que la afectaban debían ser válidas «para siempre» (Deut. 2 3:3-6). Rut estaba, por tanto, por su nacimiento, definitivamente excluida de «la congregación de Jehová», del círculo de su bendición terrenal particular.

Así pues, la moabita se encontraba bajo la condena de la Ley de Jehová. Sin embargo, aunque no pudiera recibirla según su propia Ley, la aceptó según su misericordia; y, según la riqueza de su gloria futura por medio de Cristo Jesús, también le concedió un lugar de honor en la genealogía real del Hijo de Dios, quien, según la carne, vino en el tiempo señalado de la descendencia de su bisnieto, David (Rom. 1:2-4).

13.4 - Rut se une a Noemí (Rut 1)

Habiendo comprobado cómo la misericordia de Jehová colmó a esta mujer elegida, resulta interesante e instructivo examinar las características de esta mujer. ¿Qué cualidades espirituales se manifiestan en la conducta de Rut? Dondequiera que el Espíritu de Dios moldee un alma para recibir su don, se puede discernir la huella de su obra. Y algunos aspectos de este designio celestial se manifiestan claramente en las palabras y los actos de Rut. Tomemos el primer capítulo. ¿No se revela allí claramente su fe en Dios?

Con su decisión franca y sin concesiones de acompañar a Noemí (Rut 1:16-17), Rut mostró lo que obraba en lo más profundo de su corazón. Creía que Jehová era Dios en Israel y, de sus propios labios, confesó abiertamente que el Dios de Noemí era su Dios, cumpliendo así las 2 condiciones de la justicia por la fe de las que habla Pablo en Romanos 10:9-10.

La inmensa devoción de Rut hacia Noemí no se debía solo a que ella fuera la madre de Mahlón, su difunto esposo, sino a que representaba a aquel pueblo redimido de Egipto por Jehová y establecido por Él en la tierra de Canaán. Por eso, declaró con firmeza que, a partir de entonces, ni en vida ni en muerte se separaría de Noemí ni del Dios de Noemí. «Dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada», dijo la joven viuda.

Al abandonar a su familia y a su nación, Rut manifestó la fe que habitaba en su corazón. Demostró la autenticidad de su fe con sus actos, tal y como todo creyente está llamado a hacer (Sant. 2:17-18). Su decisión de seguir el camino desconocido hacia Belén, en contra del consejo de Noemí, demostró que su fe era semejante a la inquebrantable fe de Abraham, «el padre de todos los que creen», quien, al llamado de Dios, «salió sin saber adónde iba» (Rom. 4:11; Hebr. 11:8). Afortunadamente para Rut, fijó su mirada en «lo que aún no había visto» en la tierra de Israel, la morada de Jehová. De lo contrario, lo que había visto podría haber disuadido a una mu-

jer sensata como ella de renunciar a su pueblo y a su religión. Fácilmente podrían haber surgido dudas y dificultades que la hubieran frenado. ¿Cómo podía llamarse Canaán la tierra de Jehová si aún vivían allí tantos habitantes autóctonos (Jueces 1)? ¿Acaso los israelitas no habían abandonado a Jehová para servir a los dioses de los cananeos (Jueces 2:11-13)? ¿Acaso Eglón, rey de su país de Moab, no había reinado recientemente sobre los hijos de Israel durante 18 años (Jueces 3:14)? ¿Y no había huido precisamente la mujer a la que se disponía a seguir a Belén de esa supuesta «casa del pan», al no creer que Jehová pudiera o quisiera alimentar a su familia en tiempos de hambruna?

Eran hechos indiscutibles y, como todo el mundo sabe, «los hechos no mienten». Pero Rut no se dejó desviar por «las cosas visibles». Al igual que Moisés, quien, por la fe, abandonó Egipto, «viendo al invisible» (Hebr. 11:27), Rut, por la fe, abandonó Moab, diciéndole a Noemí: «Tu Dios será mi Dios». Actuaba con el mismo espíritu de fe que los discípulos del Señor, de quienes Pedro le dijo a su Maestro: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Lucas 18:28). Con absoluta confianza, se aferraban al Señor Jesús. Esta renuncia a uno mismo es una característica común entre los hijos de la fe. Y la joven moabita se aferró a Noemí, tal y como leemos: «Orpa besó a su suegra, mas Rut se quedó con ella» (1:14).

13.5 - Rut espigando para alimentarse (Rut 2)

Cuando Rut se instaló en Belén con Noemí, su primera ocupación fue espigar en los campos para cubrir sus necesidades diarias. Como era costumbre en aquella región, las espigas que recogía le pertenecían. Fue mientras hacía esta tarea cuando Rut conoció a Booz, quien le ofreció generosamente pan. De él recibió también favores excepcionales, aunque ante él no era más que «la joven moabita que volvió con Noemí de los campos de Moab» (v. 6). Había una gran disparidad entre el amo y la joven. Booz era "un hombre poderoso y rico" de Israel; Rut no era más que una pobre viuda de una raza proscrita. Pero, aunque no tenía ningún derecho legítimo, gozaba de libertad en los campos del rico, donde espigaba "pan en abundancia" durante muchos días. Su sustento diario quedaba así asegurado gracias a la bondad del próspero Booz.

En este generoso suministro de alimento necesario para Rut, podemos discernir una analogía con el abundante alimento espiritual ofrecido al creyente, del que el Nuevo Testamento da una seguridad tan clara. Cristo es el Pan de vida para todos aquellos que acuden a él con fe, tal y como él mismo dijo: «Yo soy el pan de la vida; el que

viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí jamás tendrá sed» (Juan 6:35).

Así pues, Cristo es el sustento constante de esa nueva vida espiritual que concede a todos los que creen en él. Creer en Cristo es "oír su voz", y el Hijo de Dios da vida a quienes la oyen (Juan 5:25). Esta vida necesita ser alimentada espiritualmente. Cristo es el Pan de esta vida. Para mantener la vida espiritual, es necesario apropiarse sin cesar, por la fe, de quién es Cristo y de lo que ha hecho. Día tras día, esta porción de maná debe recogerse con diligencia. Cada día, el grano maduro y cosechado debe recogerse personalmente. Esta recolección es la labor diaria del creyente. El Señor dijo: «Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que dura para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre» (Juan 6:27). Buscar este alimento espiritual debería ser la actividad principal y habitual de todo creyente. Que cada uno imite a Rut y, como ella dice: «Te ruego que me dejes ir al campo, y recogeré espigas en pos de aquel a cuyos ojos hallare gracia» (2:2).

13.6 - Rut a los pies de su Redentor (Rut 3)

Además del alimento, la principal preocupación de Rut era obtener un lugar permanente entre el pueblo redimido de Jehová. Y en cuanto a su redención, la viuda moabita se entregó sin reservas a la misericordia de Booz. Le dirigió pocas palabras. Tenía una confianza absoluta en que su bondad, su sabiduría, su fuerza y su interés se manifestarían a su favor. Dijo: «Soy Rut... eres pariente cercano (Goel)» (v. 9). Su único deseo expresado era estar inmediatamente «bajo el borde de su capa». En cuanto a su futuro, se contentaba con depender por completo de su misericordia. Creyó y no se sintió decepcionada, pues de inmediato Booz le dirigió palabras de ánimo, seguridad y esperanza: «Yo haré contigo lo que tú digas», fueron las palabras reconfortantes de su redentor. A los pies de Booz, aprendió por primera vez la lección de la confianza absoluta en él, independientemente de la bendición que su redención le aportara.

Este episodio está lleno de enseñanzas de un gran valor espiritual para los creyentes de todos los tiempos. Aquí solo destacaremos una. La humildad de Rut ante su Salvador es un ejemplo para todos nosotros. Son los humildes quienes aprenden la voluntad y los caminos del Señor, lo que ya ha cumplido y lo que cumplirá. En el ámbito de la redención espiritual, la humildad es el preludio de la exaltación. Cristo, «en quien tenemos la redención» y «en quien también hemos recibido una herencia», sí mismo se humilló. Les dijo a sus discípulos: «Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos... El que se humille

será exaltado» (Mat. 18:4; 23:12). Está claro que la humildad ante el Señor tiene un gran valor a sus ojos. Santiago escribió: «¡Humillaos ante el Señor, y él os exaltará!» (Sant. 4:10). A los mansos y humildes de corazón, les revelará, por medio de su Espíritu, las maravillas de su redención y las glorias de su herencia.

13.7 - La parte de Rut en la cosecha de la redención (Rut 4)

En su misericordia y bondad, Booz se hizo cargo del caso de Rut y se convirtió en garante de su liberación. Todas las bendiciones que ella recibió finalmente fueron fruto de su generosidad. Ella se encontraba indefensa ante esta situación. La redención de la herencia era obra exclusiva del Goel. Así pues, ya no se ve a Rut espigando las pocas migajas que se le ofrecían, sino cosechando las abundantes gavillas de la misericordia divina. Ya no es una extranjera indigente en el más bello de los países, sino partícipe de la riqueza y la dignidad de Booz, su pariente redentor, quien, gracias a la herencia, la había adquirido para hacerla su esposa y compañera de su poder principesco en Belén.

Así, por la misericordia de Jehová, Rut recibió finalmente una doble bendición en Belén. En primer lugar, (**1**) Rut fue redimida y desposada por Booz, quien había declarado que tomó: «por mujer a Rut la moabita, mujer de Mahlón, para restaurar el nombre del difunto sobre su heredad» (v. 10). Además, (**2**) Rut, esposa de Booz, compartió la totalidad de la herencia que él había adquirido mediante el rescate, tal y como él mismo dice: «

He adquirido de mano de Noemí todo lo que fue de Elimelec, y todo lo que fue de Quelión y de Mahlón» (v. 9). Así, Rut **(1)** compartió inmediatamente con Booz la posesión de la herencia de Belén, y (**2**) fue posteriormente mencionada junto a él en la genealogía de David y de Jesucristo, Rey y Redentor de Israel (Mat. 1:5).

Mediante este doble reparto de los frutos de la redención, Rut ilustra, en cierta medida, las bendiciones de la redención anunciadas en el Nuevo Testamento a los creyentes cristianos. En Jesucristo se cumplen los tipos y las sombras, y en él el Espíritu Santo revela glorias aún mayores.

13.8 - La redención en Cristo Jesús

En el Antiguo Testamento, la redención se asocia con la liberación terrenal, mientras que, en el Nuevo Testamento, gracias a la expiación de Cristo y debido a su rechazo por parte del pueblo judío, la redención se presenta como celestial y eterna.

El libro del Éxodo ofrece una imagen particular de la redención al describir la liberación de los hijos de Israel de la esclavitud de Faraón en Egipto. Esta liberación se desarrolló en 2 etapas: (**1**) por la sangre del cordero pascual, el pueblo fue protegido por Jehová en el momento de su juicio sobre el país; (**2**) por el poder de su diestra en el mar Rojo, fueron liberados de sus opresores. Tan pronto como sus enemigos fueron aniquilados, su liberación fue completa. Entonces Moisés entonó este cántico a Jehová: «Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste» (Éx. 15:13).

En sentido figurado, el cordero inmolado simboliza a Cristo sacrificado por nosotros (1 Cor. 5:7), cuya sangre nos ha protegido de la condenación por nuestros pecados y nos ha asegurado el perdón. Del mismo modo, el paso por el mar Rojo simboliza la perfección de la salvación de Dios en Jesucristo. Por su muerte y su resurrección, el creyente está liberado por completo de todo lo que se le oponía; el diablo y su poder han sido aniquilados para siempre (Hebr. 2:14-15). Así, la redención del creyente descansa sobre el amplio fundamento de la muerte y la resurrección de Cristo: su sangre y su poder.

En el Nuevo Testamento, aunque a Cristo no se le designe expresamente como el Redentor, nuestra redención es indisociable de Cristo mismo y del sacrificio único que ofreció por nuestros pecados (Hebr. 9:26; 10:12). Cristo «por su propia sangre, ha entrado una sola vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo hallado eterna redención» (Hebr. 9:12). Sentado allí, Cristo encarna en sí mismo la redención en toda su amplitud y en hasta el más mínimo detalle. Nuestra redención nos es concedida mediante un contacto personal por la fe en Jesucristo, quien «nos fue hecho... redención» (1 Cor. 1:30). Todos somos «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Rom. 3:24). Esta bendición incluye el perdón de nuestros pecados, pues en él «tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia» (Efe. 1:7; Col. 1:14). Además, nos ha redimido para sí mismo, pues el «gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo... él mismo se dio por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí mismo un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2:13-14).

También aprendemos que la redención en Cristo Jesús es conforme al conocimiento

previo de Dios, manifestado hoy en él. Pedro escribe: «Fuisteis rescatados... con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin defecto y sin mancha, predestinado antes de la fundación del mundo, pero manifestado al fin de los tiempos a causa de vosotros» (1 Pe. 1:18-21). Pero, aunque hayamos sido redimidos por la sangre, la redención por el poder de Cristo aún debe cumplirse plenamente en nosotros. Por «la eficacia de su poder, con el que también puede someter todas las cosas», el Señor Jesucristo, nuestro Salvador, transformará, en su regreso, nuestros cuerpos humildes a la imagen del cuerpo de su gloria (Fil. 3:20-21). El Espíritu Santo que habita en nosotros es el sello que Dios da a los creyentes para ese «día de la redención» (Efe. 4:30). El Espíritu Santo es también «las arras de nuestra herencia, para redención de la posesión adquirida» (Efe. 1:14). Este fruto particular de la redención está por venir, y ahora esperamos «la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Rom. 8:23).

La adopción (la condición de hijos) es otro fruto de la redención en Cristo Jesús (Gál. 4:5). Nos hemos convertido en hijos de Dios por el nuevo nacimiento, pero somos hijos de Dios por la gracia divina. Ser hijos de Dios implica dignidad y herencia. No somos esclavos, sino hijos y herederos de Dios por medio de Cristo (Rom. 8:15; Gál. 4:6). Por su gracia, Dios nos ha «predestinado para ser adoptados para él por medio de Jesucristo» (Efe. 1:5). Ya hemos recibido el Espíritu de adopción (Rom. 8:15). Esta condición de hijos, de la que tomamos conciencia cuando clamamos «¡Abba, Padre!», será reconocida públicamente por Dios cuando sus numerosos hijos sean llevados a la gloria (Hebr. 2:10). En ese momento de la manifestación de los hijos de Dios, el universo entero será introducido en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rom. 8:21), y entonces participaremos de la herencia de los santos en la luz, de la cual ya somos dignos (Col. 1:12)

Estas son algunas de las maravillas de la redención por la sangre y el poder de Jesucristo, reveladas en el Nuevo Testamento para la iluminación, la edificación y el consuelo de los creyentes de hoy, a quienes Dios ha hecho objetos «de misericordia» (Rom. 11:31). Podemos exclamar con el apóstol: «¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Rom. 11:33).